



ASTRONAUTAS
EN LA ISLA MÍNIMA
DIEZ RELATOS DE CINE

Editado por
MIGUEL ÁNGEL OESTE

Santi Amodeo
Pablo Aranda
Víctor del Árbol
Juan Bonilla
Ángel Castro
Rafael Cobos
Garriga Vela
Sara Mesa
Alberto Rodríguez
Daniel Ruíz García

 **Pálido Fuego**

ASTRONAUTAS
EN
LA ISLA MÍNIMA

Edición a cargo de
Miguel Ángel Oeste



Editorial Pálido Fuego

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Los respectivos copyright de los relatos incluidos en la presente edición son propiedad de los siguientes autores:

- © 2016, SANTIAGO AMODEO OJEDA, *Sirena*
- © 2016, PABLO ARANDA RUÍZ, *El regalo de Iván*
- © 2016, VÍCTOR DEL ÁRBOL ROMERO, *Apéndices*
- © 2016, JUAN BONILLA GAGO, *Me parece que aquel día empezaste a ser mayor*
- © 2016, ÁNGEL CASTRO MAESTRO, *Un niño de nadie*
- © 2016, RAFAEL COBOS LÓPEZ, *Hoy ya es mañana*
- © 2016, JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA, *Consuelo*
- © 2016, SARA MESA VILLALBA, *Arroz amargo*
- © 2016, ALBERTO RODRÍGUEZ LIBRERO, *El rival más parejo*
- © 2016, DANIEL RUIZ GARCÍA, *Let all the children boogie*

La edición de este libro ha sido subvencionada por la Consejería de Cultura y Festejos de la Ciudad Autónoma de Melilla.

Título original: *Astronautas en la Isla Mínima*

Editor: Miguel Ángel Oeste

Diseño, maquetación y cubierta: Editorial Pálido Fuego S.L.

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Editorial Pálido Fuego S.L.

C/ Charlot, 13. 29016 Málaga

www.palidofuego.com

Primera edición: mayo de 2016

Printed in Spain – Impreso en Imprenta Kadmos S.C.L.

ISBN: 978-84-943655-9-1

Depósito legal: MA 426-2016

ÍNDICE

Prólogo a la edición	9
SANTI AMODEO	
<i>Sirena</i>	21
PABLO ARANDA	
<i>El regalo de Iván</i>	27
VÍCTOR DEL ÁRBOL	
<i>Apéndices</i>	49
JUAN BONILLA	
<i>Me parece que aquel día empezaste a ser mayor</i>	69
ÁNGEL CASTRO MAESTRO	
<i>Un niño de nadie</i>	91
RAFAEL COBOS	
<i>Hoy ya es mañana</i>	113
JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA	
<i>Consuelo</i>	121
SARA MESA	
<i>Arroz amargo</i>	129
ALBERTO RODRÍGUEZ	
<i>El rival más parejo</i>	149
DANIEL RUIZ GARCÍA	
<i>Let all the children boogie</i>	155

PRÓLOGO A LA EDICIÓN

La película empieza de este modo: en una ciudad de la Europa del siglo XXI, un joven y su pareja, o un matrimonio adulto, o un grupo de adolescentes, o un tipo solitario, entran en la sala de un cine. Alguien dirá que en el siglo XXI, en la sociedad actual, podrían ser astronautas, porque lo normal es que se queden en el salón de su casa, frente a la televisión. Y si son jóvenes, frente a la pantalla del ordenador. Pero el caso es que la película empieza de este modo: con un conjunto de personas entrando en la sala de un cine.

Fuera, es de noche.

Siempre es de noche en el cine. En el metafórico y en el real. También en la literatura. Islas mínimas. Insignificantes o marginales en la globalidad.

A finales de los años noventa los teléfonos móviles todavía no han conquistado el tiempo de la sociedad. Ni siquiera en los hogares cada persona cuenta con un ordenador.

En la pantalla se anuncia el inicio de una película que transcurre en Londres. El muchacho mira la pantalla y no reconoce ninguno de los nombres.

Con los años los reconocerá.

Y, con los nombres, le vienen a la memoria fragmentos de otras imágenes, de otras películas. Y recuerdos de aquellos cineastas franceses que quieren

hacer cine a toda costa. Que tienen la cultura como el mejor de los medios para la lucidez y la generosidad. El cine, el teatro, la literatura... como la mejor de las maneras de ahuyentar las injusticias.

Otros tiempos.

O no tanto.

El cine de Buñuel descubrió el secreto de una tierra sin pan que no existía más que para los habitantes de Las Hurdes. El cine inventó también maneras de mirar y de caminar y de besar que hemos aprendido hasta hacerlas nuestras. El cine, al igual que otras disciplinas o expresiones artísticas, actúa como un acto de rebeldía, como el único reducto posible para luchar contra el conformismo. Así lo entendieron aquellos jóvenes inquietos que se unieron en el colectivo Cinexín en la década de los noventa del siglo pasado.

Y en la oscuridad del cine, sobre esta pantalla, se proyecta años después una película rodada en tres semanas, en la que un joven español trata de sobrevivir en Londres (hacer cine, sobrevivir haciendo cine, sobrevivir con el arte...); un joven que por azar descubre en el interior de una caja un documento que demuestra que, en realidad, las canciones de los Beatles fueron compuestas por un desconocido músico escocés llamado David Pilgrim.

¿Has oído hablar de David Pilgrim?

O mejor:

¿Has oído hablar de Santi Amodeo y Alberto Rodríguez?

Estos cineastas sevillanos que se unieron en el colectivo Cinexín a otros como Alex Catalán, Manuela Ocón, Daniel Zayas, Julián Villagrán, Manolo Solo, Paco Baños, etc., hicieron posible el sueño de hacer cine, estimulando una industria demasiado rígida y centralizada. Esta es una de las razones de que en la Octava Semana de Cine de Melilla el libro de cuentos esté inspirado en la filmografía de estos dos directores, que desde el inicio captaron que un elemento fundamental de la ficción es la falsedad y la seducción, mediante una ambición estilística y una libertad infrecuente en un panorama cinematográfico que emulaba viejas estructuras. Porque ellos son conscientes de que la ficción es contar mentiras para llegar a los sentimientos más hondos de la vida. Aquella sensación de la que hablaba John Cheever a propósito de los libros que uno ama y que al abrirlos uno percibe que ya ha estado ahí, “casi como una cámara de la memoria. Lugares en los que uno no ha estado nunca, cosas que uno nunca ha visto ni oído, pero su adecuación es tan rotunda que de algún modo has estado allí”. Esto se puede aplicar a las ficciones de Santi Amodeo y Alberto Rodríguez ya desde ese travelling en *El factor Pilgrim* con Alex O’Dogherty preguntándose por qué “uno no puede escapar al funcionamiento propio de las cosas”.

Entonces, la película empezó de este modo: entrando en la sala de un cine en ese periodo en el que desaparecían las pesetas y aparecía el euro mientras las

pounds, invariables, siguen siendo *pounds*, para continuar mucho tiempo después, con el transcurso de los años y las películas, siguiendo la energía de las historias rodadas por el factor Amodeo-Rodríguez, ya por separado; ficciones pensadas para iluminar, para explorar, para innovar, para refrescar... porque su cine no se parece al de ningún otro, ahí radica su personalidad, su estilo, su manera de mirar y hacernos mirar en busca, quizá, de nosotros mismos, con el objeto de paliar flaquezas e inseguridades, pues como afirma el autor de *Astronautas*: “Todos somos inadaptados”.

Ahora, tal vez, incluso más.

Y la película pasa, se transforma en libro. Y vuelve a unir a estos dos cineastas. Ellos también están dentro, con sendos relatos, también Rafael Cobos, el guionista habitual de Alberto Rodríguez desde *Siete vírgenes*. Y acompañando a este trío de cineastas siete escritores de distintas generaciones que de una manera u otra tienen alguna proximidad con ellos o con sus películas: Pablo Aranda, Juan Bonilla, Ángel Castro, José Antonio Garriga Vela, Sara Mesa, Daniel Ruiz García y Víctor del Árbol. El conjunto de estos autores hace aflorar la idea de que recordar una película da lugar a la transmisión de su contenido, de su espíritu, a través de ficciones que evocan o distorsionan desde el lado fiel y personal del capricho.

El recorrido de *Astronautas en la isla mínima* (título que no requiere, creo, demasiadas explicaciones) comienza con un relato de Santi Amodeo titulado *Sire-*

nas. Un cuento que, como el director explica, perteneció a la primera versión del guión de *Astronautas*, en la que el protagonista era escritor y no dibujante, como finalmente fue. Un cuento breve que incurre en los temas que a Amodeo le preocupan, con personajes fuera del orden social, porque para él el orden social, lo políticamente correcto, es la mayor de las negaciones para la propia existencia. Quizá, lo trágico para este singular cineasta es que la comunicación entre las personas no deja de ser uno de los temas trágicos más importantes de la sociedad.

Pablo Aranda, en *El regalo de Iván*, se inspira en la comedia de Santi Amodeo *¿Quién mató a Bambi?* Para ser exactos no se inspira en la película, sino que toma como excusa el rodaje de esta película para elaborar la peripecia de un padre separado que idea cualquier cosa para lograr la felicidad de su hijo. Y de esa forma creará una verdad con muchas mentiras, o con muchas ficciones, porque las ficciones se construyen con mentiras que pueden llegar a aproximarse a la verdad. Una historia de frustraciones que conecta la realidad y la proyección de realidad que imaginan los humanos y juegan en la conciencia del narrador.

En *Apéndices*, la indagación de Víctor del Árbol en *Grupo 7*, aquel policiaco de Alberto Rodríguez que retrataba la Sevilla de los años previos a la celebración de la Exposición Universal de 1992, cuando uno de los objetivos era limpiar las calles de drogas y escoria, como digo, en este cuento, del Árbol pone el foco en

los personajes secundarios de la película, en el Hurón y en La Caoba. Se sirve de estos personajes para forjar una historia en la que se aspira al olvido y a eliminar los estigmas del pasado, cuando tal vez jamás puedan borrarse por completo. Los estigmas siempre están ahí. Dispuestos a salir de un modo otro. “Pero dígame, señor agente, ¿matar te convierte en asesino?”

A Juan Bonilla, en su cuento *Me parece que aquel día empezaste a ser mayor*, le inspira *El factor Pilgrim*. La historia de un muchacho al que le parece poético vender su pasado en los mercadillos de Candem Town para comprar un poco de futuro, cuando el hallazgo de una moneda de cincuenta pesetas en el interior de una caja le traerá de regreso a su profesora de Griego, Ana, y el viaje de fin de curso, y la ruina de Rumasa y su primer trabajo de repartidor. Un relato de aquello que va desvaneciéndose mientras el tiempo transcurre inmisericorde.

Ángel Castro Maestro usa en su relato *Un niño de nadie* la voz de Richi (Jesús Carroza), el amigo de Tano (Juan José Ballesta) en *Siete vírgenes* de Alberto Rodríguez. El niño con la ausencia en la mirada, “como las personas mayores cuando desprecian algo”, un niño de nadie sin apegos y sin recuerdos, un niño que pretende ser hombre, cuando es un chaval. Un cuento con el ansia de muerte y derrota de la propia película. Una historia marginal, de perdedores, que ejemplifica lo que es la vida la mayoría de las veces: pérdida, derrota, y el falso aire de la victoria.

El guionista habitual de Alberto Rodríguez, Rafael Cobos, escribe historias de los personajes que plasma en sus guiones. Aquí nos regala algunos ‘afiches’ de una historia que no ha terminado de contarse. Fragmentos de *After*. De este modo en el cuento *Hoy ya es mañana*, Cobos sigue escarbando en ese mundo de pulsiones autodestructivas, de esos amigos treintañeros o cuarentones, exponentes de la Generación X que aspiran a recuperar noches de sexo, alcohol y drogas y una sensación tan artificial y acaso perniciosa como aquello que fue, aquella energía de la juventud, y ya no volverá a recuperarse.

En *Consuelo*, José Antonio Garriga Vela explora los límites de *Cabeza de perro* de Santi Amodeo. Aquel protagonista con pérdida de memoria, como le sucedió al propio escritor. Un juego de proyecciones y sombras en el que la ficción y la realidad se vuelven porosas. “Durante un breve periodo de tiempo el cerebro desconecta de la vida cotidiana y se va de vacaciones, unos segundos en los que no recibe ni transmite órdenes, como si no existiera”. La fragilidad de la vida igual que si fuese el peso de un globo.

Por su parte, Sara Mesa se sumerge en *Arroz Amargo* en el ambiente de Isla Mayor, “en los resquicios de la libertad, la oscuridad acechante, las miradas lascivas de los chicos...”. Un cuento narrado en dos tiempos cronológicos que mira siempre al pasado para abrirlo y abrir a la narradora del relato cuando entra al cine a ver *La isla mínima* de Alberto Rodríguez. Desde ese

momento el influjo que ejerce la ficción en la deformación de los recuerdos opera como si nos encerrara en una habitación para revelar unos viejos negativos. El verano, los rumores, los prejuicios, el ambiente opresivo del lugar, la figura de un supuesto Monstruo... confrontan la memoria y la imaginación de la escritora.

Al igual que Rafael Cobos, Alberto Rodríguez recupera un cuento perdido que escribió para el personaje de Tristán Ulloa en *After*. Así, en *El rival más parejo* retrata ese vacío existencial del personaje que se hace verbo en la última frase del cuento. Retrato generacional de gente bien que no es otra cosa que la sensación de un desasosiego que ríe con la melancolía impostada de un payaso de McDonald's.

Por último, en *Let all the children boogie*, el relato de Daniel Ruiz García, inspirado en la primera película de Santi Amodeo, *Astronautas*, habla de refugios improvisados cuando la familia y lo cercano están desestructurados, de inconformismo, de personajes que se sienten extraños con lo que les rodea, sensibles a cualquier amparo. Un cuento con música de David Bowie que espera al hombre de las estrellas y que tiene el rostro de una niña.

Así, este libro de cuentos de cine con muchas mentiras dentro (o con ficciones que deforman realidades para aproximarse a la verdad) trata de homenajear a estos dos cineastas insólitos. De reunirlos después de *El factor Pilgrim* para rebautizarlos como *El factor Amo-*

deo-Rodríguez. Como si fuese una película de serie B amada por Tarantino. Porque de un modo u otro la extrañeza y el amor empezó con aquella película y ha seguido con las siguientes.

A la vez, *Astronautas en la isla mínima* es un libro afortunado por las personas que lo hacen posible. De una parte, los propios cineastas, los escritores, el editor José Luis Amores, que nos da cobijo en su casa, Pálido Fuego. El libro se inserta en la Octava Semana de Cine de Melilla, promovida por la Consejería de Cultura de la Ciudad Autónoma de Melilla, dirigida con entusiasmo por Fadela Mohatar, junto a Juan Bellver, sin los cuales nada hubiese sido posible. Tampoco sin el director de la Semana de Cine, Moisés Salama, siempre sensible a estas publicaciones cuando parece que los libros empiezan a formar parte de una galaxia muy lejana. A ser astronautas bajo las marismas del Guadalquivir.

La película empezó en el cine y sigue allí. Este es un tránsito corto. Un libro diverso que espera que usted, lector, o astronauta, pase la página para adentrarse en él y descubra otro acercamiento al cine de Santi Amodeo y Alberto Rodríguez.

Miguel Ángel Oeste
marzo de 2016

ASTRONAUTAS
EN
LA ISLA MÍNIMA

SIRENA

Santi Amodeo

Ahora tengo una sirena. La encontré dentro de un fardo en la carretera y la llevé a casa. Nadie me ha visto, nadie sabe nada. Ella, envuelta en una manta sobre mis hombros, intentaba no moverse y apenas si emitía un jadeo silencioso mientras subíamos las escaleras. Cuando la solté en medio del salón la vi asustada. Estaba muy delgada, con las espigas de las costillas marcadas, y tenía los ojos muy hundidos, de un verde extravagante.

La he metido en la bañera y allí pasa las horas. He intentado que me cuente de dónde ha salido pero ella no dice nada. Ni siquiera estoy seguro de que me entienda.

De vez en cuando se arrastra por el suelo curioseando la casa. Últimamente adora los armarios. Se queda dormida entre mis camisas, como una niña entre disfraces. Parece que se siente cada día más cómoda aquí. Yo también me he acostumbrado a ella. Aunque aún me levanto por las mañanas pensando si no será sólo una fantasía. Pero entonces me llega ese olor a océano que la acompaña.

Come pienso para peces; cajas y cajas. Y parece que le gusta. Ha ganado peso y su parte humana luce mucho más sana. Sobre su parte pez no tengo opinión;

pero me gustan las escamas plateadas de su cola y cómo se le funden con la piel blanca del vientre. Un poco más arriba, justo encima de sus pequeños pechos de adolescente, tiene un tatuaje: "A113". También le he preguntado. Nada.

Esta tarde han llamado a la puerta. Ella se ha quedado inmóvil atenuando la respiración. Nos hemos mirado, sin saber muy bien qué hacer. El timbre ha vuelto a sonar. Somos pocos vecinos y no nos tratamos demasiado. Sería muy extraño que uno llamase a mi puerta. ¿Quién puede ser? Al principio no he querido ni asomarme a la mirilla, por no hacer ruido.

Y he vuelto a la sirena, allí en el suelo, tensa como yo, en silencio como yo. El timbre ha sonado de nuevo y repentinamente he tenido la tentación de abrir. Más que una tentación, una necesidad, amarga y poderosa, que tiraba de mí. Es como si de pronto necesitara asegurarme de que ella está ahí, de que no sólo yo puedo verla. Entonces he avanzado hacia la puerta, sin quitarle el ojo de encima. Mientras más me acerco, más se crispa su gesto. He puesto la mano en el picaporte y...

No hay nadie en el rellano. Sólo se oyen unos pasos bajando las escaleras. Siento alivio. Creo que ella también.

Llevo semanas sacando libros de la biblioteca. He leído sobre mitos, psicología, religión... Cualquier cosa

que hablara de sirenas y que pudiera ayudarme a entender de qué va todo esto. Hasta que hace un par de días, al pasar por el escaparate de un videoclub, me he topado por casualidad con la carátula de una película en la que aparecía un tranvía, ¡el “A113”! Era una película de Disney infumable llamada *La Princesa y el Sapo*. Ha sido la primera de muchas otras que he decidido tragarme. Sólo para comprobar que el código aparece por todos lados: en las matrículas de los coches, en las puertas de las casas, en una gasolinera, en una habitación de hotel, en la jaula de un pájaro...

Esta mañana, al devolver la última película que alquilé, *La Tostadora Valiente*, le he preguntado al gordo que lleva el videoclub. Me ha dicho, como si fuera algo que sabe todo el mundo, que el “A113” es un código misterioso que aparece en muchas películas de Disney.

Cuando regreso a casa, mi sirena está en la bañera. Me asomo y me sonrío. Sobre su pecho, el tatuaje: “A113”.

Sigo sin saber de qué va esto.

Este relato pertenece (o más bien podría haber pertenecido) a Astronautas (2003). En la película, el protagonista, Daniel, es un dibujante de cómic toxicómano que vive aislado del mundo y que está intentando desengancharse. Pero en una de las primeras versiones de guión el personaje era escritor, no dibujante. En dicha versión, Laura, una chica de quince años que entra en su vida inesperadamente, encuentra este relato fisgoneando en los cajones.

EL REGALO DE IVÁN

Pablo Aranda

Mi primo Antonio, que jugó al fútbol en las categorías inferiores del Sevilla, riega un jardín en Boston, Massachusetts. Su hermano Manolo, que es con quien yo me tomaba las cervezas cuando viajaba con la familia a Sevilla, recarga máquinas de café en Algeciras y llega a su casa a las seis en punto de la tarde, algo que sus hijos, y él mismo, agradecen. Durante años yo llegaba a mi casa también a las seis en punto de la tarde. La explosión de las gomillas de las carpetas amortiguaba la estridencia del timbre que indicaba el fin de las clases a las seis menos cuarto. Tardaba quince minutos en llegar a mi casa. Mis hijos no agradecían que yo llegase a las seis porque yo no tenía hijos, sólo ojos. Como estudiaba en un colegio religioso, los quince minutos que necesitaba para llegar a mi casa me los pasaba pidiéndole a Dios coincidir en el ascensor con la vecina del sexto. La vecina del sexto piso. La vecina del sexto mandamiento. Una tarde de noviembre subió a mi casa y llamó al timbre. Dios no sólo quiso que fuese yo quien abriese la puerta sino que al mirarla (yo sólo tenía ojos) ella me preguntase si tenía huevos. Nunca le perdonaré a mi madre que se interpusiera entre nosotros y sacase dos huevos del frigorífico y se los tendiese a la vecina, que le dijo gracias, maña-

na te los devuelvo, y mi madre que ni se le ocurriera, que no hacía falta. Yo —con el rabo entre las piernas— le habría llevado los dos huevos hasta su casa y ella tal vez me habría preguntado si quería un colacao y no sé si me habría atrevido a responderle colacao de qué, y le habría pedido que se desabotonase la camisa de cuadros pequeños con la que la recuerdo. Pero a las seis de la tarde nunca coincidí con la vecina del sexto. Subía solo, leyendo en una placa metálica el peso máximo que podía soportar el ascensor, trescientos kilos, y a veces también subía un señor que tenía un quiste en la barbilla. Me preguntaba a qué piso iba, niño, aunque sabía a qué piso iba, y pulsaba el botón que encerraba el número siete, el de mi piso, mientras yo me contenía para no pulsar el bulto que él tenía en la barbilla.

Un jueves, a las seis, encontré una tarjeta en el suelo del ascensor con el nombre y el teléfono de un técnico de Telefónica. Se llamaba Andrés algo, no recuerdo el apellido. Escribí una nota haciéndome pasar por médico que había observado el grano en la barbilla del señor del quinto, le aseguraba que se trataba de un tumor maligno y le pedía que se pusiese en contacto inmediato conmigo, y añadía el número de teléfono del técnico de Telefónica, Andrés no sé qué. Introduje esa nota en el buzón del señor del quiste y otra en el de mi vecina del sexto, confesándole que era un preadolescente por fuera pero adulto por dentro y que por favor me llamase. Taché el por favor y

añadí mi número de teléfono. Cada tarde, a las seis, preguntaba a mi madre si me había llamado alguien, pero el recuerdo es inverosímil porque mi madre trabajaba fuera y llegaba muy tarde, así que le preguntaría al teléfono; pero los teléfonos, entonces, no hablaban.

Los veranos los pasaba en Sevilla. A veces me sentaba en una grada para ver jugar a mi primo Antonio. Corría por la banda derecha y sonreía si metía un gol. Si le quitaban el balón y el entrenador le gritaba desde la banda izquierda también sonreía. Después me tomaba una cerveza con mi primo Manolo y le contaba que tenía una vecina veinte años mayor que yo y que cada tarde se desabotonaba una camisa de cuadros delante de mí, en su dormitorio. Mi primo me preguntó si siempre se trataba de la misma camisa y el desconcierto me hizo revelar que ojalá fuera cierto, tío, si no me he comido un rosco en la vida. Entonces pedíamos otra cerveza, porque en aquella época los camareros no decían pero qué dices de cerveza si todavía sois unos niños.

En septiembre volvía a Málaga y la primera tarde siempre me hacía el despistado y subía al sexto en vez de al séptimo y tenía preparada una ingeniosa frase para conquistar a mi vecina, pero quien me abría la puerta era un señor de barba canosa que me preguntaba si yo no era el niño del piso de arriba. Un día le pregunté si tenía dos huevos y cerró la puerta sin contestarme. Pensé que esa noche se lo contaría a su mujer y ella sentiría ternura por mí y buscaría la nota que

le había dejado hacía ya unos meses y me llamaría por teléfono, pero nunca lo hizo. O si lo hizo fue antes de las seis de la tarde y yo estaba en clase, aprendiendo que las Coplas de Jorge Manrique las escribió Jorge Manrique, que Garibaldi desembarcó en Italia cuando todavía Italia no era Italia, o resolviendo derivadas. Después rezaba durante los quince minutos del trayecto a mi casa y luego me preparaba una merienda triste. Por las noches, según me encontrase de ánimos, me imaginaba en la cama de mi vecina, los dos desnudos, o pegándole con un bate de béisbol a su marido, el cual me había pegado una paliza antes para evitar la culpa por estar golpeándole con el bate.

Durante la guerra de las Malvinas murió el profesor de inglés. Quiero decir que en la misma época, pues no era militar, sólo inglés, o eso decía, porque su apellido, García, no sonaba muy inglés. El perro de un vecino lo mató. Mordió en la ingle al profesor de inglés. Yo pregunté a nuestro tutor qué hacía el profesor de inglés en el jardín de su vecino y me echó de clase. Mi teoría es que la mujer de su vecino se desabotonaba la blusa cada tarde para él, hasta que el marido posesivo se enteró y, a falta de bate de béisbol, le azuzó un dóberman de preciosos rasgos precisos. Ya no se ven dóbermans, sólo perros de presa de bastos rasgos bestias. Al profesor muerto lo sustituyó Teresa, que estaba llena de vida. Teresa manifestó el primer día ser de Sevilla y yo la esperé a las seis menos cuarto a la puerta de su despacho. Deseaba que se desaboto-

nase su camisa de cuadros, pero vestía un jersey. Le sorprendió que la esperase y le dije que me encantaba Sevilla, que tenía un primo que jugaba en el Sevilla y exageré diciendo que yo era del Sevilla, algo poco frecuente en un muchacho de Málaga, y que cada lunes buscaba en el periódico los resultados y me alegraba cuando un jugador que se llamaba Biri Biri metía un gol. Yo soy del Betis, soltó. Entró en el despacho y cerró la puerta. Yo había quedado en el lado de fuera y grité que era de broma, que en realidad me encantaba el Betis, pero no me oyó, o si me oyó no me escuchó, o si me escuchó no abrió la puerta. Pero eran las seis menos cuarto, ella también debía irse, ¿por qué se encerraba? A lo mejor tenía una cita con otro profesor de idiomas, con el de latín, que es una lengua tan muerta como míster González. Esperé cinco minutos y me fui a mi casa. Ese día llegué a las seis y cinco y mi merienda fue especialmente triste.

Odié a Teresa y deseé que ocupase la misma vivienda que míster González y que fuese devorada por el mismo dóberman. Pero el odio se me pasó rápido, trenzado con la indiferencia con la que me castigaba la vecina del sexto. Se disolvió en el amor hacia Gema, mi china del alma.

La compañera más guapa de la clase era Patricia, pero a mí me gustaba Gema, con esos ojos que no terminaban nunca. Su pelo era negro como un gato negro

en una silla, su piel suave como, como algo muy suave, lo más suave, como su piel, su risa detenía el mundo y yo aprovechaba que el mundo se había detenido para mirarla detenidamente hasta que ella me decía pero qué te pasa, vuelve, y yo volvía hasta que un día no volví y le pregunté si podía darle un beso y me dijo bueno y la besé. Tuvimos un hijo. No del beso, que de un beso no se queda nadie embarazada, pero después vinieron más besos, y años, y nos fuimos a vivir juntos y tuvimos un hijo que también salió asiático, como ella, y a los tres años entró en el colegio y una profesora muy amable nos dijo que se adaptaba muy bien y todo el mundo me preguntaba si era adoptado y yo decía que era adaptado, que en todo caso el adoptado era yo.

Gema aseguraba que me quería mucho pero yo le confrontaba que cómo me iba a querer si acababa de confesarme que me iba a dejar por otro, y ella insistía en que por otro no, que no me dejaba por nadie, que era cierto que estaba con otro hombre, que era cierto que me dejaba, pero que no me dejaba porque estuviese con otro. Le pregunté entonces si me habría dejado de todas formas aunque no estuviese con nadie y me dijo que sí, corazón, de verdad, mi vida, te habría dejado, pero no te martirices. Que sólo buscaba la armonía, añadió. ¿La armonía? ¿Quiere decir eso que el otro es chino, que todos vais a tener hermosos ojos almendrados frente a mis ojos redondos?, le pregunté, y me dijo que no, que él era de Teruel. Pero si Teruel

no existe, espeté, y me pidió que fuese respetuoso y le dije perdona, Gema, es que me estás dejando, y me dijo ya, si te entiendo.

Tenía treinta años y toda una vida por detrás. Tenía dos pisos, el de mi madre, que había muerto en un accidente de coche cerca de Oviedo, y el de mi padre, que había muerto en un accidente de coche cerca de Gijón. Se habían divorciado el día que nació mi hijo Iván y mi padre volvió al piso en el que se había criado en Sevilla. Tres años después, un 20 de noviembre, murieron ambos en sendos accidentes de coche a 25 kilómetros uno de la otra. La última vez que hablé con mi padre le pregunté si estaba contento en Sevilla y me dijo que sí, que Sevilla tiene un color especial, le pregunté si sabía algo de mis primos y me dijo que Antonio vivía en Boston, Massachusetts, que le había enviado un vídeo en el que salía regando unas plantas, y que Manolo ahora vivía en Algeciras y era feliz, pues llegaba todas las tardes a su casa a las seis en punto, y sus hijos, y él mismo, lo agradecían.

Nunca supieron, creo, que los dos pasaban unas vacaciones en Asturias, y en los periódicos no se dijo que los dos muertos en dos accidentes de tráfico habían jurado vivir juntos hasta que la muerte los separase, y que habían incumplido el juramento. No sólo eso: la muerte los juntó. Más fácil que pedir el traslado de sus cuerpos, que ya no eran nada, fue viajar yo a Asturias, conduciendo muy despacio, por si lo de morir en Asturias fuese algo genético, o congénito. Gema

me pidió que tuviese cuidado, corazón. Un domingo mi hijo Iván me preguntó que dónde estaban los abuelos, y le respondí que en Asturias. Gema me susurró que no debería mentirle, mi vida, y reconocí que era verdad, mi amor, la próxima vez le diré la verdad. Fabriqué una sencilla historia para cuando me preguntase de nuevo pero nunca más me preguntó. Heredé dos pisos y le propuse a Gema venderlos y mudarnos nosotros a uno mayor, con tres dormitorios, tener más hijos, hijas, mi amor, todos con tu belleza asiática, Gema, y Gema me aconsejó que no me precipitase y ahora me pregunto si no estaría ya viéndose con Luis, el hombre de Teruel. Los de Teruel son turolenses. Y unos hijos de la grandísima puta. No puedo evitarlo, mejor no hablo de él. Cómo me duele.

Tenía treinta años, dos pisos, dos ciudades, una ex mujer, un hijo del Barça y unos cuernos que, me dio a entender una psicóloga que me miraba con mucha ternura, era de una inmadurez antigua tener en cuenta. Me preguntó la psicóloga si yo creía que podría volver con Gema y le dije claro que no, sonriendo. Cuando salí a la calle me eché a llorar porque claro que podría volver con Gema, mi china milenaria, me decía entre mocos. Esa noche me telefoneó Gema y le dije hola y me dijo oye, y le dije qué, y me dijo es que Luis se va a venir a vivir con Iván y conmigo. Le dije que por qué me lo decía y me dijo para que lo supiera, pero que no me preocupase que podría ver a Iván

siempre que quisiese, que no iba a hacer como mi prima Asun que apenas deja que su ex marido vea a su hijo. Le dije gracias y me dijo de nada. Le pregunté si veía alguna posibilidad de que volviésemos y me dijo que no, que no me martirizase. Me recordó que el martes siguiente se celebraba el cumpleaños de Iván y yo le dije que ya, que me acordaba, que cómo no me iba a acordar si Iván era mi hijo, nuestro hijo, corregí, y le pregunté si seguía siendo del Barça y me dijo sabes que sí, y yo le dije ya, era sólo por preguntar, y le pregunté de qué equipo era Luis, y me dijo por favor, le dije perdona y me dijo que no pasaba nada, y añadió que Luis era del Betis. Un turolense del Betis, solté, y Gema volvió a decir por favor y yo perdona y le dije que mi primo Antonio había jugado en los juveniles del Sevilla y me preguntó si Antonio era el que vivía en Algeciras que llegaba a las seis y le dije que ese era Manolo, que Antonio es el que riega en Boston, Massachusetts. Me dijo que Luis había vivido en Sevilla y por eso era del Betis y ahora le dije yo por favor y ella me dijo voy a colgar y le pedí que no colgase todavía y me preguntó por qué y le dije es verdad, por qué, mejor cuelga, y colgó.

No me pareció justo llegar a la estación de Santa Justa. Así, solo. Con mi cara occidental en Sevilla. Tenía treinta años, un piso en Sevilla, una camiseta del Barça en la mochila y un recorte de periódico en el que

se informaba del rodaje de la última película de Santi Amodeo. Santi Amodeo había nacido el mismo año que mi primo Antonio y a lo mejor yo lo conocía de eso, pues la cara que mostraba la foto del periódico me sonaba mucho. Me acerqué al río buscando mi reflejo pero la superficie pulida quedaba muy abajo. Una piragua abrió una cremallera en el agua que se volvía a cerrar sola, enseguida. Cuando yo era chico siempre que iba a Sevilla me quedaba en casa de mis primos y apenas recordaba la casa de mi padre. Un piso antiguo que olía a viejo. Lo que habría dado porque Gema atravesase el umbral del piso conmigo, que propusiese reformas, que me plantease dejar Málaga para irnos a vivir a Sevilla, ahora que Iván todavía era pequeño.

Dejé la mochila sobre una cama cuyo colchón me pareció muy blando y la chaqueta en la cama de otro cuarto, cuyo colchón me pareció muy duro. Deseé quedarme a vivir en Sevilla pero Iván qué. Gema me permitía ver a Iván siempre que yo quería y lo veía casi todos los días. Lo recogía del colegio donde lo consideraban adaptado y adoptado y juntos íbamos a nuestra casa o a la casa de Gema y suya, donde yo llamaba al timbre pero dejaba que él dijese mami, abre, y Gema abría y bajaba al portal porque todavía hoy no se permite que los niños suban solos en ascensor. Lo más extraño es que tantos años después, y después de tantísimos avances técnicos, la carga máxima que admite un ascensor sea la misma que cuando yo era chico y pensaba que entre mi peso, el de la vecina

del sexto y, sobre todo, el de los dos bultos que deformaban su camisa de cuadros habríamos casi sobrepasado el peso máximo. Sin salir del portal Gema daba un beso a Iván y me decía hola y yo, sin entrar en el portal, le decía hola. Si ella me decía qué calor y me pillaba un poco enfadado yo le decía pues imagínate en Teruel y ella me decía por favor, y yo le decía ya, perdona, y ella me preguntaba si había tenido un mal día y yo le respondía bueno, no malo del todo pero sí un poco, y encima este calor, perdona, y ella que no pasaba nada, que si al día siguiente yo recogería del colegio a Iván y me lo llevaría a comer o no, y yo le decía bueno, si no te importa lo recojo y lo traigo después de comer, pero no justo después sino cuando haya hecho los deberes, y ella bueno, pero el jueves ya lo recojo yo y si quieres que duerma contigo, ¿vale?, y yo le decía vale.

Ese jueves entré en el bar de Charlie a tomar un café pero me senté en una mesa, aunque no comí nada, sólo pedí un café. Me incomoda tomar café en la barra de Charlie porque Charlie nunca dice nada pero se queda ahí delante y entonces me da cosa permanecer en silencio y hablo, le cuento mi vida, y cuando termino y le doy el dinero del café y él lo coge sin haber dicho nada ni haberse sacado el palillo de dientes de la boca, me entran ganas de golpearlo con un bate de béisbol, como hacía en mi adolescencia, algunas noches en la cama, con el vecino del sexto, el marido de la mujer de la camisa de cuadros que

nunca me telefoneó, o si lo hizo fue antes de las seis. Me senté en una mesa tras coger el periódico de la barra. Las esquinas grasientas dejaban ver que había sido leído un puñado de veces por tipos con los dedos pringados de mantequilla o aceite, y yo pasaba las páginas ayudándome con el extremo de la cuchara y con disimulo, para que nadie pensase que yo era excesivamente escrupuloso o que estaba loco. Yo era excesivamente escrupuloso, pero no estaba loco, sólo quería a una mujer a la que había querido siempre y que me había dejado y yo había aceptado que me dejase, qué remedio, pero seguía queriéndola. Una vez que has conocido el corazón de Asia estás atrapado para siempre, escribí en una libreta, creyendo que era el inicio de una novela. Pero nunca más escribí nada. La novela más corta del mundo. El caso es que pasaba sin ganas las páginas del periódico. En las páginas de deportes me detuve buscando los resultados de los Celtics, el equipo de baloncesto de Boston, del Sevilla, del Málaga y del Algeciras. Ese día todos habían perdido, pero no me afectó. Entonces llegué a las páginas de cultura y creí reconocer al hombre desaliñado de la foto: me recordaba a un amigo de mi primo Antonio. El pie de foto indicaba que se trataba del director de cine sevillano Santi Amodeo, y la noticia indicaba que se encontraba en pleno rodaje de *¿Quién mató a Bambi?*, una película en la que contaba con los actores Julián Villagrán, Quim Gutiérrez, Ernesto Alterio, Clara Lago e incluso con la aparición estelar de An-

drés Iniesta, el jugador del Barça, el equipo de mi hijo Iván, quien cumplía años el martes siguiente.

Se me ocurrió una idea y llamé a Gema que me dijo diga. Soy yo, dije. Ya, dijo ella. Gema, ¿te importa recoger hoy a Iván?, es que voy a viajar a Sevilla un par de días. Me dijo que claro que no le importaba y me preguntó si tenía algún problema. Qué va, le dije, es que se me ha ocurrido un regalo para Iván pero está en Sevilla. Bueno, añadió, pero que no sea nada demasiado grande, es sólo un niño, y le dije ya, ya, no te preocupes. Le pregunté si Luis iría a la celebración del cumpleaños y me dijo que lo que yo dijese, que a ella le resultaba incómodo pedirle que no fuera, pero que si a mí me resultaba incómodo que viniese entonces sí se lo decía. Le dije que no se preocupase, que viniese, que era bueno para Iván vernos juntos y ella dijo que pensaba lo mismo. Le pregunté si habían pensado Luis y ella tener hijos ahora que el gobierno chino permitía a las parejas tener más de un hijo y me dijo por favor, y le dije ya, ya, perdona, era una broma, y me recordó que ella era española, aunque fuese de origen chino, y que tenía que colgar porque estaba trabajando. Le dije adiós y me dijo adiós y añadió que llamase por la noche a Iván y le dije que sí, que pensaba hacerlo.

La sencillez de la idea la convertía en infalible, pensé. O sea, eso pensé en Málaga, pasando las páginas del periódico con la ayuda de una cucharita, pero ahora,

sentado en la cama del piso de mi padre en Sevilla se me vino encima toda la dificultad. Pretendía llamar a Santi Amodeo y, tras presentarme como primo de Antonio, pedirle que por favor le pidiese a Iniesta firmar la camiseta del Barça que yo había comprado para Iván. No creo que en Sevilla abunden los Santi Amodeo, pero ya no hay guías de teléfonos. Encontré en internet un perfil de facebook y uno de twitter a su nombre y solicité la amistad y su seguimiento para poder enviarle un mensaje en privado. No parecía que navegase mucho por las redes y decidí activar el plan B. Acudí a la oficina de una productora en Sevilla que aparecía citada en el artículo del periódico. Un hombre con barba y mirada de genio o de loco soltó una carcajada y me explicó que Santi Amodeo estaba rodando parte de la película en Barcelona y que no sabía dónde se encontraba en ese momento. Le conté mi plan y sólo mentí al asegurar que mi primo Antonio era íntimo amigo de Santi Amodeo, carne de su carne, expliqué, pero me miró raro y me corrigió: uña y carne. El hombre de la productora tomó un móvil de la mesa. El móvil estaba recargándose y al tirar de él el cable dio un latigazo en el suelo y eso lo sentí como un mal presagio.

El hombre carraspeó para limpiarse la garganta mientras marcaba el número de teléfono y saludó a Santi Amodeo mirándome a mí y tuve que controlarme para no responder a su saludo. Después, una vez que me había hecho ver que era muy amigo de Santi

Amodeo, bajó la voz, me miró con desconfianza mientras hablaba y pasó a otra habitación de la que salió para preguntarme Antonio qué. ¿Cómo?, le dije, que Antonio qué, repitió queriendo saber el apellido de mi primo, y le dije Antonio que jugaba en el Sevilla y volvió a la habitación y entonces subí yo la voz para decirle que le preguntase si la secuencia que había leído en el periódico que rodaría ese día con Iniesta la grabaría en el estadio Sánchez Pizjuán. Se apoyó con el hombro en el quicio de la puerta para decirme que en el Sánchez Pizjuán qué va, que lo grababa esa noche en la Nova Creu Alta, en Sabadell, le pregunté absurdamente qué podía hacer yo ahora. Tras unos segundos dejando que Santi Amodeo le dijese algo le dijo el productor que eso no me lo podía decir y yo me sentí idiota y quise arreglarlo diciendo que era una pregunta retórica, que muchas gracias, que le dijese a Santi Amodeo que me habían gustado mucho *Astronautas* y *Cabeza de perro* y salí de la oficina y entré de nuevo en Sevilla.

Quise comer algo y entré en un bar pequeño de los de toda la vida que ya apenas quedan, pero en una pizarra estaba escrito *Hay caracoles* y salí de nuevo a Sevilla, porque los caracoles me recuerdan a mi padre y también a los propios caracoles y entré en otro con una pizarra donde estaba escrito *Hay espinacas con garbanzos*, y aunque las espinacas me recuerdan a mi madre comer había que comer, así que me acodé en la barra y, como el camarero me miraba en silencio, le

conté que el martes era el cumpleaños de mi hijo y que había viajado de Málaga a Sevilla para intentar que Iniesta me firmase una camiseta. Me dijo que Iniesta no jugaba en Sevilla y le dije ya y me preguntó si quería una caña de cerveza y le dije que sí y me la sirvió helada y le dije qué bien sabe la cerveza bien servida y me dijo gracias y yo le dije de nada.

Me senté en una mesa para no contarle que mi mujer me había dejado. En la mesa pensé en Gema y en la suerte que suponía poder seguir viéndola y pensé en Iván y en su cumpleaños y en que compartiría la tarde del martes con él y con Gema pero también con Luis. Pedí otra caña y pregunté de qué más había tapas y me dijo que había caracoles pero le dije que los caracoles me recordaban a mi padre y me dijo si quería otra de espinacas con garbanzos, le dije que me recordaban a mi madre pero que como comer había que comer que venga, que otra de espinacas con garbanzos. Pensé que debía aceptar a Luis, respetarlo, al fin y al cabo había sido la elección de Gema, qué podía hacer yo. Me imaginé en la tarde del martes contándole a Luis que había ido a Sevilla para hablar con Santi Amodeo y le hablaría de lo bien que sirven la cerveza en Sevilla, helada helada, pero él ya lo sabría y le preguntaría por los platos típicos de Teruel y pediría que nos hiciéramos una foto todos juntos y por la noche, ya solo en mi casa, ampliaría en el ordenador el rostro de Gema y trataría de resolver el hermosísimo misterio de sus ojos, el mismo misterio que han

heredado los de Iván. Entró un hombre en el bar y el camarero le dijo hombre Juan, cuánto tiempo, y el hombre le dijo sí, es que he estado malísimo, a punto de morirme, Andrés, y al escuchar el nombre del camarero volví a la barra y le pregunté si usted se llama Andrés y me dijo que sí, que para servirme. Era sábado y Santi Amodeo estaba en Sabadell. Nunca conseguiría que Iniesta firmase la camiseta de Iván. Podría regalarle la camiseta sin más. También podía firmarla yo como si fuera Iniesta, pero eso era mentir. Había una tercera vía: mentir a medias, que es mentir sin mentir, o mentir mintiendo pero poco.

Le conté mi plan al camarero y dudó. Sólo debía escribir en la camiseta Para Iván y estampar su propia firma en la que se debía leer claramente Andrés. Iván creería que se trataba de Andrés Iniesta, pero el camarero en realidad no habría mentido porque no escribiría el apellido. Le pregunté si estaba de acuerdo y me dijo que no sabía, que no se trataba sólo de que le pedía que mintiese, que también, sino que él no era del Barça, pero nada de nada, ya sabe, me dijo, es que me gustaría que perdiera hasta en los entrenamientos, me explicó, y le dije ya, si lo entiendo, y me preguntó si yo también era del Barça y le dije que bueno, en realidad el fútbol no me gusta mucho, pero todos los lunes miro los resultados del Málaga, del Boston Celtics, del Algeciras y del Sevilla. ¿Del Sevilla también?, me preguntó Andrés y le dije que sí, que mi padre era del Sevilla y que mi primo Antonio jugó en el Sevilla

cuando niño y me dijo haber empezado por ahí, hombre, que le mostrase la camiseta, que claro que me la firmaba, por Dios, y saqué la camiseta y él cogió la tiza con la que apuntaba precios en la barra de madera y le dije que con la tiza no, mejor un rotulador y buscó un rotulador y me dijo qué ponía y le dije que Para Iván y firmase Andrés y lo hizo y fui a darle un abrazo pero fue un abrazo torpe porque estaba la barra por medio y tiré sin querer la cerveza de Juan, que había estado a punto de morirse.

Desde el piso de mi padre que ahora era mío, sentado en la cama del colchón blando, llamé a Iván y cogió Gema y le dije hola y me dijo hola. Le dije que le había comprado una camiseta del Barça a Iván y me dijo que seguro que le iba a encantar. Le dije que me alegraba de que le fuera bien en la vida y que hubiese encontrado un hombre con el que se sintiese a gusto y me dijo que gracias, que conmigo también se había sentido muy a gusto pero que le faltaba no sabía qué, le dije que ya y me dijo que Luis era un gran tipo y que me caería bien y le dije si ya me cae bien y que por favor me pasase a Iván y me dijo ay claro si llamas para hablar con él y le dije que sí pero que también para saludarla y se puso Iván y me dijo hola, papi, y le dije hola Iván, y le pregunté qué tal en el cole y me dijo que más o menos bien, y le dije que si tuviera que elegir un jugador entre todos los jugadores de fútbol del mundo cuál elegiría y me dijo que Iniesta, papi, y me preguntó que cuál elegiría yo y le dije que yo te

elegiría a ti, Iván, y me dijo que él era muy malo y le dije que a mí eso no me importaba y me dijo gracias y le dije de nada, mi vida, y me dijo que mami siempre le decía mi vida también y le dije que ya y me preguntó si el martes iría a su cumpleaños y le dije que allí nos veríamos y me preguntó si no me importaba que viniese Luis, el, el, no encontró la palabra y repitió su nombre, Luis, y le dije claro que no, si ya somos casi amigos. Le pregunté si le apetecía que el fin de semana siguiente fuésemos a Sevilla y me dijo vale y me preguntó si en Sevilla era donde estaba La Mezquita de Córdoba y le dije que no, que La Mezquita de Córdoba estaba en Córdoba y dijo ay, claro, qué tonto, y le dije que tonto no, que un fallo lo tenía cualquiera y le dije que otro fin de semana iríamos a Algeciras porque mi primo Manolo vivía allí y tenía dos hijos y me preguntó si los hijos de mi primo eran del Barça y le dije que no tenía ni idea, mi vida, y me dijo que en realidad eso daba igual y le dije que claro y me dijo que no le importaba ni si eran del Madrid, y yo le dije que a lo mejor eran del Algeciras, o ni les gustaba el fútbol y me dijo es verdad y le dije bueno, que mañana hablábamos y que le quería mucho mucho y me dijo que él también me quería mucho.

De camino a la estación de Santa Justa decidí vender el piso de mi padre, aunque no necesitaba el dinero porque también había decidido vender el de mi madre y comprarme uno más pequeño, progresar hacia abajo, mudarme a un luminoso piso de dos habita-

ciones, una para Iván y otra para mí. Tendríamos un perro, al que llamaría González, pero no sería un dóberman para que no se comiese a Iván. Decidí darme prisa en buscar el perro, pues si lo tenía antes del lunes sería otro regalo para Iván. El perro también podría llamarse Andrés, incluso Iniesta, como prefiriese Iván, mi querido hijo al que no le afectaba la vida complicada, mi hijo adaptado.

APÉNDICES

Víctor del Árbol

I. EL HURÓN

¿Alguna vez ha visto un hurón de cerca? ¿No? Pues debería hacerlo antes de hablar. La gente inculta confunde: rata, tejón, mofeta...Mire usted, un hurón es un hurón. Su nombre científico es *mustela putorius*. No es que quiera dármelas de listo a estas alturas de la vida, ya ve usted; pero es que estos animales me han interesado desde que era un chiquillo. Ya sabe que me crié en el barrio Alto de San Juan Alzalfarache y en aquellas calles todos me llamaban *hurón*, aunque nadie hubiese visto nunca uno de verdad. Se le ocurrió el mote a un gracioso de los Pajaritos que venía por allí de vez en cuando; dijo que tenía esa cara de rata con máscara. El chiste hizo fortuna y al menos prefiero ese mote que el de rata o conejo. Juzgue usted mismo. Desde que era chiquillo y se murió mi abuela ya nadie ha vuelto a acordarse de mi verdadero nombre. Ella era la única que me gritaba “Joaquín” desde la ventana cuando había que subir a comerse las lentejas. Bueno, mi abuela y don Ángel. Él también me llamaba por mi nombre, me invitaba de vez en cuando a algún cigarrito, a tomar churros en la caseta del puente de Triana, me ponía el hombro por encima y me decía que éramos amigos. Y

yo quería creerle, ya ve usted. Como si un madero y un chivato pudieran serlo.

Pero de eso hace ya mucho. Fue antes de la Expo y no sé quién de los dos era más joven, *el niño* o yo. A lo mejor usted ha oído hablar de aquella época y de don Ángel. Oí que había ascendido a Inspector jefe. Era el que tenía más narices de todo su grupo. Se la tenía jurada todo el mundo en Las Vegas y en Los Pajaritos. Yo creo que es porque tenía cara de pipiolo. Pero el cabrón se hacía imponer y al final ya nadie se burlaba.

Era peor que don Rafael. A ese lo veías venir de buenas a primeras. Estaba amargado por lo de su hermano. Un madero con un hermano muerto de sobredosis es algo que hay que tragarse. A mí me daba un poco de pena, qué quiere que le diga. Repartía lo suyo y tiraba rápido de pistola. Pero es que antes todos eran así. Era otro tiempo, y nosotros, los fantasmas de las esquinas, éramos distintos también. Nos jodíamos con más respeto, íbamos con cuidado porque si esos iban a por ti, iban de verdad y nadie les pedía explicaciones. Las cosas han cambiado mucho desde aquella Sevilla. Ya no hay respeto ni códigos, uno no sabe a qué atenerse con tanto rumano y ruso y turco metido en el mundillo.

Y luego estaba Matías. El gordo. A ese yo le tenía ojeriza. Él me robó mi hurón en una redada. ¿Qué mal podía hacer aquel bicho? Pues él me lo jodió, se lo llevó y nunca quiso decirme qué hizo con él. Me reventaban esos chistes suyos y ese aire de putero que va de gorra a los clubs de alterne. No digo yo que

fuera mala gente; digo que desde que le quemaron la cara a *la Caoba* los de Los Pajaritos, Matías ya no fue el mismo. Un día, pasados los años, me tocó renovarme el carné y me lo encontré ahí, detrás del mostrador con cara de aburrimento. Estaba más delgado y tenía el bigote blanco, tan blanco como la camisa del uniforme. Yo creo que me reconoció y se hizo el loco. Lo saludé con un poco de guasonería, sin mala leche, por recordar aquellos años, y me dijo que no me acercase a él tanto, que la hepatitis se contagia por el aire. Yo insistí, le pregunté por mi hurón. Sólo quería saber qué fue del animalito. Levantó la cabeza, miró a lado y lado, se acercó y me susurró entre dientes: “me lo comí y con el pellejo me hice unos calzoncillos”. Y se descojonó de risa. El muy cabrón.

Del otro, Miguel, no me acuerdo mucho. Era el guaperas del grupo, con su melenita y sus pantalones marcando paquete. Yo creo que era un poco maricón. Todos lo pensábamos, por eso se cabreaba tanto cuando le hacían una broma de sarasas. Ahora la gente ya sabe lo que es el SIDA, ya no se llaman maricones sino homosexuales, y salen del armario y se hacen presentadores o empresarios, y se manifiestan y la gente ve normal que se casen o que se paseen de la mano por la calle. Pero en 1987 las cosas no eran así. A Miguel alguien le pegó la hepatitis en una redada que les salió mal en Los Pajaritos. Todo el mundo habló mucho tiempo de eso, y de lo que pasó después. De los tiros y los muertos.

Ya le digo, eran otros tiempos y otras maneras. No había que joder a aquella gente porque se cabreaban de verdad.

¿Me invita usted a un cigarrito, señor agente? ¿Que no se puede fumar en comisaría? Lo que yo le diga. Antes un médico te estaba operando de la apendicitis y la ceniza te caía en las tripas. Y ahora, ni respirar se puede. Mire, yo ya tengo sesenta años. He vivido más de lo que podía esperar. En aquella época yo me creía inmortal. Decíamos medio en broma que la heroína sólo te picaba los dientes. Y dientes son lo único que me queda: fíjese, en serio, mire usted: dientes de porcelana, cosa fina. Todos postizos, bien blancos y bien bonicos. Pero por dentro eso ya no tiene remedio. No sé cuántas veces he estado con la metadona y he vuelto a caer. Ya no quedamos muchos; ahora está mal visto ser yonqui. Se lleva lo fino, la rayita, la pastillita, el control. Pero yo no quería controlar nada, ¿entiende? Ninguno quería. Queríamos volar, ser carros de fuego, escapar, reventar bailando *Se me va* con cualquier zorra tan destrozada a picotazos como nosotros. Claro que no éramos felices, ¿cómo íbamos a serlo? Pero ¿son felices los drogadictos de ahora? Claro que no. Sólo son más sofisticados.

En fin, a lo que voy, y si quiere lo escribe, y si no, me escucha: yo no soy un desalmado. Puede que haya matado a ese desgraciado del estanco. Pero no lo he hecho con saña, ni porque esté loco, ni por el mono, ni por el dinero... ¿Por qué? Porque a veces la mano

hace una cosa y la mente dice otra. Me he equivocado, la he cagado, y ya no tiene remedio. Pero dígame, señor agente, ¿matar te convierte en asesino?

2. LA CAOBA

No hace falta que disimule, sé lo que provoqué; he aprendido todas las palabras: asco, repulsión, desagrado, fatiga... Hay mil maneras de decirlo. Llevo años soportando las miradas de la gente, en la calle, en un ascensor, en la panadería. Al principio me daba vergüenza salir y enfrentarme con esas miradas, indisimuladas, obscenas, provocativas o esquivas, de todo hay. Los peores son los niños; esos pequeños cabrones no se contentan con observarte como si fueras un adfesio o un monstruo de feria, no. Quieren ir más lejos, tocarte, meterte el dedo en la llaga, te preguntan, te ofenden y sus padres se encogen de hombros como disculpándoseles, aunque ellos también quieran saber.

Leí una vez en una revista que en Estados Unidos le han trasplantado la cara a un chiquillo. Parece ser que se la destrozó un perro y le pusieron una boca, nariz, mejillas. Todo prestado o inventado, una cara nueva. Durante algún tiempo soñé con algo así, que un milagro de la Ciencia me hiciera parecerme a algo, ya no a alguien. Algo en lo que poder reconocerme cuando me mirase en el espejo. Sobre todo echaba de menos mis párpados, ¡con las pestañas que yo tenía, que casi

no necesitaba ni rímel para abanicar el aire! Un ojo sin párpado es como una luna oscura, una atrocidad. Como si te mirase un sapo. Luego dejé de hacerme ilusiones, cada médico torcía el gesto y me decía que tenía que resignarme: esto no es Estados Unidos, yo no tengo quince años y las quemaduras que deja el ácido no son como las mordeduras de un perro. Además, ¿quién querría reconstruirle la cara a una puta vieja como yo?

Si lo pienso, estoy mejor así. Nunca quise un rostro nuevo y el mío no iban a devolvérmelo. Y si no hubiese sido el ácido que aquellos cabrones de la cuadrilla de Amadeo me echaron encima, habrían sido los años. Todo se estropea con el uso, y mi cara la han usado muchos y de muchas maneras, se sorprendería de las guarradas que le gustan a la gente. Lo que a mí me gustaría, mi sueño imposible, sería volver a tener esa carita de primera comunión que tenía de niña. Tan rubia, tan llena de alegría, tan carnosa; todo el mundo me lo decía: “qué guapa es esta chiquilla”, y claro, una se acostumbra a la admiración y se pone a imaginar futuros a lo grande: actriz, cantante, modelo, cualquier cosa que me hiciera brillar, eso era lo que quería. Pero de donde yo soy, el barrio de la miseria, ser guapa puede ser una maldición.

Toda mi belleza se la bebieron a borbotones y con ansias demasiados chulos, demasiados cabrones y para cuando fui La Caoba, la glotonería de los demás me dejó en guapa a secas. Una guapura amarga que nadie

quiere mirar muy de cerca porque destiñe. Una puta que va cuesta abajo no es lo mismo que una lolita que va cuesta arriba.

Yo creo que Mateo me miraba un poco así. Le gustaba lo que veía en mí, y también le escocía. Era putero, el más putero del Grupo; a él es al que más me ha costado aprender a olvidar. Se portó bien conmigo, al menos quiso hacerlo. Pero los hombres, qué quiere que le diga, son cobardes y él no se escapaba. Me prometió muchas cosas cuando todo iba bien, los alijos y los chivatazos y los polvos que yo no le cobraba, en parte porque me daba un poco de miedo pedirselo y en parte porque me quería creer sus tonturas, esas promesas que se hacen cuando uno va cargadito de Larios. Que si un chalé, que si me sacaba de la calle... Y fíjese, yo creo que lo decía de verdad, que quería creerse una especie de Caballero Andante y no el Sancho Panza que en realidad era. Conmigo hacía esas cosas que no se hacen con la mujer, a mí no iba a llevarme a la comunión de sus hijos ni a una boda de un primo, pero yo le daba mucho. Le daba lo que quería.

Creo que se sintió mal de verdad cuando me cazaron los de Los Pajaritos. Yo estaba en el hospital medio muerta, retorcida de dolor sin poder mirarme al espejo pero imaginando en lo que me había convertido y lo escuchaba al lado de la cama. Me cogía la mano, lloraba como un niño y me pedía perdón. Él juró protegerme, y yo me agarré a eso, pero los juramentos de un cobarde no valen nada.

Yo no podía decir esta boca es mía, ni moverme de la cama. Pero si hubiese podido le habría escupido en la cara, le habría dicho todo lo que se me atragantaba, le habría deseado la muerte. Pero sólo podía estar me callada, dejando que me cogiera la mano y me la llenara de mocos. Pensé que a lo mejor se ocupaba de mí, que no iba a dejarme tirada, aunque fuese por mala conciencia. Pero un día dejó de venir y ya no volvió. No me sorprendió. Tampoco me dolió. Era de esperar.

Volver a Los Pajaritos no volví cuando me dieron el alta. Usted no sabe lo que es ser chivata, que te marquen como a una cerda y te escupan y te digan que poco te ha pasado para lo que te tendrían que haber hecho. La gente ahí fuera no sabe de la piedad ni del perdón. Y más después de que Rafael y el Niño mataran a Amadeo y a unos primos suyos. Eso lo supe más tarde y no se me pasó por la cabeza que lo hubieran hecho para vengarme a mí. No, a ellos les jodió la humillación, que Amadeo les pusiera en ridículo. Hay que tener enemigos que uno pueda permitirse y esa gente no era buena. No lo era.

Me fui a Madrid, allí nadie me conocía y en la calle ya no me quedaba nada que hacer. ¿Quién iba a querer un servicio con esta cara? Mi hermana pequeña tiene un centro de estética en Lavapies. Ella también era guapa de niña pero se escapó antes de que el tiempo la atrapase. Se casó pronto, eligió a uno y con él se quedó. Yo no sé si es feliz, pero hay muchas formas de

ser desgraciada y la suya es llevadera. Ahora tiene un chico en la universidad, mi sobrino. Está estudiando para juez... No lo digo para amenazarle, no me mire así... Lo digo porque hay pocas cosas de las que yo pueda sentirme orgullosa, y ese muchacho es una de ellas. Mi hermana me acogió en casa, se portó bien, nunca me hizo un reproche. Querernos es otra cosa, el cariño no lo da la sangre, lo da el roce y nosotras no lo tuvimos. Pero me dio otra vida y yo la cogí. Me puse a trabajar cogiendo el teléfono, aprendí números y me di cuenta de que se me daban bien. Organizar me gusta, disponer. Los números te dan seguridad, no cambian, te marcan un camino. Me puse a estudiar el nocturno y saqué el graduado, y luego administración. Yo le llevo ahora los papeles del negocio y sin mí estaría perdida. Qué cosa.

Una noche, saliendo de la academia donde estudiaba, me encontré a Rafael, como lo oye. Al principio no le reconocí: se había afeitado la barba y estaba casi calvo. Sólo vi a un hombre triste sentado en un banco que echaba migajas de pan duro a las palomas. Pero al pasar por su lado vi sus ojos. Los ojos son como las huellas de los dedos, no cambian. Siempre miran igual. Le pregunté si era él, alzó la cara y me miró de arriba abajo, sin sorpresa, ni asco, ni reconocimiento. Se hizo a un lado del banco, me invitó a sentarme y me dio un cigarrillo. Estuvimos un rato allí, sin nada que decirnos. Se hacía tarde, Madrid se ponía de ese color feo de los anocheceres de invierno.

Y entonces, mientras desmenuzaba pan para las palomas, me dijo sin mirarme que yo le recordaba todo lo que hicieron mal, y que a veces se acordaba de mí.

Me entraron ganas de mandarle a la mierda. La culpabilidad es una excusa sin remedio cuando lo hecho ya no puede cambiarse. Sí, claro que tenían la culpa de lo que me pasó, él más que nadie. Él era el jefe, aunque los galones los tuviera el niño. Él podía haber parado todo aquello, pero no quiso hacerlo. Estaba amargado con la muerte de su hermano, y luego con aquella novia drogadicta que se echó y que terminó con una sobredosis. Quería castigar al mundo por su dolor, y tenía fijación con Amadeo. Por eso lo mató. Por eso y porque podía hacerlo; en aquellos años ellos podían hacer lo que les viniese en gana. También utilizarme a mí como carnaza.

Pero el odio, aunque no se pierda, se seca, ya no sirve para nada, no compensa ni alivia. Así que lo dejé allí con sus palomas y sus migas duras y su cara de carnero sin alma. No le pregunté por los otros, ni quería que él me contase. Sólo me dijo cuando yo ya me iba que Mateo se murió hace tres meses, de una embolia. No sentí nada, sólo un escalofrío pequeño, como cuando una corriente de aire se te mete en el abrigo.

Así que me da igual que me crea usted o no. Yo no sé porqué estoy aquí, para qué me han citado. No sé qué les ha contado ese desgraciado del hurón, sólo es un pobre desgraciado que no termina de morir. No es verdad que yo conociera al tipo del estanco que él

ha matado. ¿Que cómo es posible que yo estuviera en el estanco en ese momento? Pues mire, porque fumo y no tenía tabaco, y porque en esta vida las casualidades existen. Usted no cree en las casualidades, pues muy bien; yo no creo en Dios y Dios se nos lleva a todos.

¿Que el muerto es el hijo de Amadeo? Pues muy bien; yo escupo en su tumba y que les den. No quiero saber nada de esa gente, y tengo razones para zapatear encima de su estirpe, pero yo no le he dado un duro al hurón para que lo mate. Ya le he dicho que después de tantísimos años el odio no me sirve para nada. Yo ya no soy la Caoba, y si no quiere entenderlo, pues llamo a mi sobrino y me lee usted delante suyo mis derechos.

¿Es que ustedes nunca dejan respirar en paz a quien quiere olvidar?

3. EL HIJO DE AMADEO

Todavía se acordaba de la vez que le prendió fuego al chucho. No era un recuerdo agradable, ver al pobre animal corriendo y gimiendo como una tea viva. Pero tenía que demostrar delante de los otros que valía, como cuando le dijeron que si tenía cojones de dejar colgando en la puerta del Niñato aquel gato muerto. Casi lo pilló. Pero se escapó. Siempre se escapaba en el último momento, tenía suerte. Su madre decía que su padre lo protegía desde ahí arriba, que nada malo podía pasarle mientras llevase su fotografía en la cartera.

Casi no se acordaba de su padre. Fueron años duros en Sevilla y la casa era un ir y venir de gente extraña, mala gente decía su madre. Pero el dinero llegaba, su padre lo traía en billetes de mil pesetas arrugados y sucios. Dinero de manos temblorosas que compraban su mierda al precio que se les pidiera. A veces los billetes tenían salpicaduras de sangre, sangre que habían vertido sus legítimos dueños antes de que se los robaran.

Del Grupo él sabía poca cosa, las veces que había escuchado a su padre maldecir, jurar que iba a matarlos a todos. Sobre todo a Rafael. Era el peor, el más cabrón. Estaba vacío por dentro, no tenía nada que perder y eso le hacía peligroso. No se le podía comprar ni asustar.

Un madero duro de verdad.

Cuando su padre murió en Los Pajaritos él tenía poco más de ocho años. De ese tiempo sólo recordaba que el barrio se volvió un cementerio rodeado de policías, detenciones, palizas, gente que se caía por los balcones. Durante un año nadie se movió, nadie compraba ni vendía y los chiquillos no podían ni salir a darle al balón en aquella plazoleta donde el Niñato vació el cargador después de darle la paliza a su padre delante de todo el mundo.

Aquella escena todavía le hervía. Ver cómo pegaban a su padre... Por eso cogió la carabina de balines y le disparó al madero dos veces. Si hubiera sido ahora no habría sido con un balín, no. Ahora le hubiera desce-rrajado un cargador entero de una Uzzi semiautomá-

tica. Pero entonces sólo era un chiquillo, y cuando el Niñato se puso a disparar balas de verdad contra las ventanas no le quedó más remedio que rendirse.

De todas maneras eso le ganó el respeto del barrio. Demostró que tenía pelotas, lo mismo que el día que enterraron a su padre. Ni una lágrima, sólo los puños apretados y el juramento de que un día se las iban a pagar los del Grupo. Todos ellos.

Un niño no olvida. Un hombre no perdona. Habían pasado muchos años de aquello, muchas noches en la cárcel, muchos triunfos y muchas derrotas. Ahora tenía su propia familia, sus hijos, su negocio, pero seguía sin olvidar ni perdonar. De vez en cuando tenía noticias de uno u otro, de Mateo, del mariquita, de Rafael y del Niñato. Pero ya eran pasado y a nadie le preocupaban mucho aquellos maderos de otra época. Mateo y el mariquita se le habían escapado, pero le quedaban los otros dos. Ellos eran los peores. Rafael era un viejo acabado, lo había estado vigilando varios días en el parque de su casa. Ya no era policía, ya no era nada ni nadie. No tenía familia ni amigos, sólo esas putas palomas y una botella.

Cuando se acercó a él y le dijo quién era, ni siquiera se inmutó y tampoco se defendió cuando le vio ponerse el puño americano.

Fue decepcionante, como romperle los huesos a un perro muerto. Ni siquiera gimió. No paró de pegarle hasta verle saltar los dientes. Pero no sintió ningún alivio. En las noticias no habían dicho nada. Quizá lo ha-

bía dejado con vida. Si era así, volvería a por él aunque ya sin saña. Porque hay que acabar lo que se empieza.

El Niñato era diferente. A este sí había que pillarlo con ganas y con precaución. Había ascendido, era un jefazo, se paseaba con las charreteras doradas y las medallas, sus gafitas de sol y ese bronceado un poco de chulo puertorriqueño. Estupefacientes, a eso se dedicaba todavía. Pero ahora era más sabio y otros hacían el trabajo de quebrantahuesos.

Vivía en un chalé adosado de las afueras. Cada mañana lo veía salir a correr con los auriculares puestos y la ropa de color fosforito. A veces le acompañaba una rubia de tetas operadas y culo respingón. Los había visto follar por la ventana de la cocina. Podría tener la edad de su hija pero era una compañera. Había visto la camisa del uniforme en el tendedero.

Los fines de semana se veía con su hija, una niña bien que estudiaba en la Complutense. Su exmujer se había vuelto a casar con un tipo que se dedicaba a la televisión. El Niñato y ella apenas se hablaban.

Llevaba semanas esperando el momento de abordarlo, cogerlo desprevenido. No era un madero cualquiera, había que estar seguro. Un golpe y que no se levantara. Por su padre. Decidió que aquel era un buen lugar, justo enfrente del bar donde solía pasar algunas mañanas a echar la partida de dardos con unos amigos. Siempre aparcaba la moto en la acera del estanco y cruzaba la calle a pie. Ese sería el momento. Quería verle la cara, el gesto de sorpresa y miedo cuando le

pusiera el cañón de la pistola en la oreja: “¿Te acuerdas de mí? Soy el hijo de Amador”. Un fantasma del pasado que venía a cobrarse la deuda. Y luego, pum, adiós.

Buscó en el bolsillo de la cazadora el tabaco. No le quedaba. Tendría que dejar de fumar, y de colocarse. Su padre le enseñó a no tocar la mierda con la que trabajaba, pero ahora eran otros tiempos. Las cosas ya no se hacían de esa manera, los códigos, el respeto eran otros. Miró la hora. El Niñato estaba a punto de llegar. Pero necesitaba un pitillo. Se volvió y vio el estanco, justo al lado de donde él solía aparcar la moto. Sólo era un minuto, y lo vería llegar.

Entró en el estanco y pidió un paquete de Fortuna. Su padre fumaba Bisonte sin boquilla, la ropa le olía a dulce.

No se dio cuenta de la cara que tenía la mujer que estaba delante de él pidiendo un paquete de Ducados hasta que se volvió y le miró a la cara debajo de sus grandes gafas de sol. Parecía muy vieja, aunque las arrugas alrededor de la boca eran como abrasaduras, fallas de la carne, como si se le hubieran hundido los labios. Le resultó familiar, pero como algo visto de lejos hacía mucho tiempo. Quizá en una película o un sueño. La mujer lo miró un segundo más de lo necesario, como si también le reconociera. Luegoladeó la cara y salió.

Le pidió al estanquero el tabaco y cuando fue a pagar vio su rostro de espanto. Esa clase de miedo que se te graba en los ojos cuando sabes que estás jodido.

Ladeó la cabeza al escuchar a su espalda un jadeo que le resultó familiar, mezcla de ansiedad, pánico y agresividad. El de un yonqui con el mono encima. El maldito mono del que tanto se burlaba su padre, cada vez que alguno de aquellos desgraciados se acercaba a buscar su dosis con el baile de San Vito y los ojos hirviendo.

Le sorprendió que el atracador fuera tan mayor. Le calculó unos sesenta. “Un resistente”, se dijo. “Ya no quedan de su generación.” Sujetaba un viejo revólver ASTRA sin amortillar pero con el dedo peligrosamente cerca del gatillo. Sudaba mucho y las gotas de sudor se deslizaban por el dragón que tenía tatuado en el antebrazo. Parecía que el dragón lloraba. Eso pensó antes de lanzarle un derechazo a la mandíbula para quitarle el revólver. Nunca sabría a qué respondió aquel arrebató. Ni de dónde vino la bala que le reventó el bazo. Sólo la oyó llegar pero no la vio venir. Le había disparado. El cabronazo del yonqui le había disparado desde el suelo.

Y ahora ambos, tumbados frente a frente, se miraban morir. Uno se iría enseguida, en cuanto la sangre empezara a subir por la garganta en forma de vómito. El otro cuando los anticuerpos acabaran su trabajo de zapa.

El dolor en el vientre no le dejaba pensar. Se agarraba a las baldosas del suelo con las uñas para seguir en la vida. Y entonces vio aquellos zapatos relucientes de puntera afiliada, las grietas de la piel al doblarse sobre el empeine, la mano que se acercaba a su cuello, el reloj en la muñeca.

Y oyó su voz:

—Soy policía. Avise al 112 y pida una ambulancia.

Y la reconoció.

Era él. Ángel, el Niñato, el mismo que le consolaba y le decía que respirase, que se iba a poner bien, que la ayuda ya estaba de camino.

Quiso rebelarse, apartar de su cara aquella mano, decirle que estaba muerto, que sólo era cuestión de tiempo. Que...

Tosió y llegó la sangre caliente desde las tripas a la boca y salió de él como un vómito. Y agarró la mano de Ángel y la apretó con fuerza.

No quería morir.

ME PARECE QUE AQUEL DÍA
EMPEZASTE A SER MAYOR

Juan Bonilla

Vino una mala temporada y tuve que venderlo todo, sin salvar nada. Al carajo, me dije: me parecía poético vender el pasado para comprarme un poco de futuro. Me había trasladado a Londres, un amigo me había dicho que en la parte de los establos de Candem Town, en su puesto, podía ponerme los jueves a ofrecer mis libros, mis discos, mis partituras, mis cachivaches. Quién sabe, a lo mejor entre mis partituras había alguna que accionara una historia, como en *El factor Pilgrim* de Santi Amodeo, que había visto sólo porque era española y transcurría en Londres y el director era de Sevilla. Así que me puse a hacer acopio de pertenencias. Ni me paraba en cada libro al que iba a arrojar a un nuevo destino. Los discos los amontoné y sin sopear su valor decidí que dos libras la pieza, daba igual que fuera una primera edición de Nina Hagen o del gran disco de Paco de Lucía *Fuente y Caudal* (bueno, ese lo puse a 10 libras porque estaba firmado). Cuadros no tenía muchos pero también fueron a la furgoneta rumbo a Candem Town. Pero ¿y esta moneda de cincuenta pesetas que aparece en una vieja caja de lata que parece ser lo único que ha sobrevivido a un naufragio? Yo sé que en su tapa había una niña con trenzas rubias que alcanzaba una manzana de un árbol corpulento

bajo un cielo marino, pero se han ido borrando los colores, las líneas de las formas, sólo quedan vagas huellas de lo que hubo, el rostro de la niña de mejillas encendidas es ya un borrón, del árbol han debido caer todas las manzanas que se han ido pudriendo en el suelo, del dibujo sólo quedan unos trazos apenas suficientes para que la memoria haga palanca y trate de devolverle algo de su esforzado cromatismo. Dentro de la caja, junto a fotos en las que no salgo, y que también iba a poner a la venta en Candem, llaves que no abrirán ya ninguna puerta, caramelos de marcas que dejaron de existir, estaba esa moneda de cincuenta pesetas que, de inmediato, hizo emerger de un aldabonazo un nombre en mi memoria: Ana, la de griego. Aunque también daba literatura, dependiendo de lo animado que estuviera el claustro de profesores. De todos modos nos gustaba más llamarla Ana la de griego, aunque algún año ni nos diera griego. Cosas de chaveas. Me quedo mirando la moneda. Cómo una cosa tan vulgar puede contener tanto significado. El aura. Un aura que perderá cuando yo ya no pueda valorarla. Con una moneda así alguien pudo comprar en un mercadillo cualquiera una partitura que pasados los años valdría miles de euros. Pero yo no la gasté nunca. Porque ya la moneda contenía su propio valor incalculable. Bobadas de la adolescencia.

Mi primer trabajo fue de repartidor. Un compañero de mi padre necesitaba un ayudante durante unos días para repartir las cestas de navidad que regalaba la

empresa en la que trabajaba mi viejo —Rumasa, a la que le quedaban dos telediarios para irse al garete y de paso hundir a la ciudad en la ruina mientras los amigos del Gobierno se lo llevaban todo calentito, a precio de saldo, lo que se promocionó en la prensa como nacionalización de un holding se convirtió de la noche a la mañana en reprivatización y punto uno del decreto de expropiación de la empresa, que decía que la expropiación se llevaba a cabo para salvar los puestos de trabajo, se convirtió en papel higiénico para limpiarle el culo a los empresarios amigos del Gobierno socialista—. Las cestas se las regalaba el magnate a gente principal de la ciudad: médicos, abogados, notarios, políticos, periodistas, artistas, curas, directivos del decepcionante equipo de fútbol que otra temporada más en segunda. Cien cestas. Yo me quedaría con las propinas a cambio de llevar las cestas mientras Manolo permanecía en la camioneta: tener un ayudante le permitía dejarla en doble fila, no tener que buscar aparcamiento cada vez que llegaba a un destino. No te quejes, chavea, me dijo, esa gente da buenas propinas, para ellos cincuenta pesetas no son nada. No me quejaba. Yo no me quejaba nunca, de qué iba a quejarme.

Como empezamos por Montealto, un barrio de chalets situado en un borde de la ciudad tras el cual sólo había kilómetros de viñas, daba la impresión de que, en efecto, no iba a tener que subir escalera alguna y aquello iba a ser bajar la cesta de la camioneta, andar unos pasos, llamar a un timbre y extender la mano

para la propina y correr de vuelta a la camioneta para buscar la siguiente moneda. Quería comprarme los tres tomos de *Los trovadores* de Martín de Riquer. Estaba emperrado con los trovadores esa temporada, aunque en realidad sus poemas no me decían nada: me fascinaba más bien su actitud, el rollo de inventarse amadas en mujeres casadas y afligirlas con su aflicción hasta que las conquistaban y tenían que buscarse otra a la que cantar y las dejaban atadas a sus suspiros: me encantaba eso de que el que empezara a suspirar fuera el trovador y la que acabara suspirando fuese la amada. El poema como cinta en la que se trasladan suspiros. Cada cesta pesaba unos cuantos kilos: era generoso con aquellos principales el dueño de la empresa, jamón, botellas de vino y champán, dulces típicos, unas castañas que me encantaban. Se diría que no sospechaba que se le iba a venir encima el huracán del Gobierno socialista. Sólo le ha faltado incluir una Biblia, dije, para que se me notara el aguijón, en el Instituto ya me había ido yo a la izquierda y daba un bote de alegría cada vez que se rumoreaba que los socialistas iban a cargarse Rumasa y nacionalizarla para que se viera claro en todas partes que no les temblaba el pulso, que llegar al Gobierno no les amilanaba las ansias de socialización, lo que me llevaba a peleas encendidas con mi padre, que me dejaba de hablar unos días, una semana, dos, era su manera de alargar una discusión sin palabras de por medio, te dejaba de hablar hasta que, acuciado por los ruegos de madre, ce-

días, eras tú el que tenía que ceder siempre, y te acercabas a él para reanudar las relaciones... Pero Manolo pasaba de secundarme, vale chava, dale no se nos haga tarde, deja la política para los políticos. La que nos dan a nosotros sólo trae el vino y unos pestiños, me dijo después de que en algún momento yo le enviara otro aguijonazo sobre las cestas que repartíamos, su abundancia de dulces y licores. Lo sabía bien: era la que llegaba también a mi casa. Pero no te preocupes que alguna sobraré, me dijo, siempre sobra alguna, ojalá sobren dos, con un poco de suerte alguno de los principales se habrá ido de vacaciones antes de hora y no habrá nadie en la casa y no hay segunda oportunidad en esto, se firma el parte, se esperan unos días para recibir órdenes y como la orden no llegará, porque a quién cojones le importa una cesta, la cesta para el que la reparte. Paso de cestas, le dije sacándole punta a mi izquierdismo de instituto, se les está acabando el turrón, así que que les aproveche, que se beban rápido todos los licores y el champán porque se les acaba la fiesta. De verdad era de los incautos que creía que con los socialistas las cosas iban a cambiar.

Llevaba entregadas seis cestas —si no te abrían en la puerta principal tenías que llamar a la puerta de servicio, y allí había siempre una criada que se buscaba en los bolsillos del mandil y acaso alguna vez encontraba una moneda de 25 para dar la propina después de firmar el recibí— cuando me pregunté qué pasaría si no se entregaban las cestas, si alguno de

aquellos principales llamaría quejándose al señor Rumasa por no haber recibido la cesta navideña con la que llevaba años malacostumbrándolos. Suponía que no. En alguno de los chalets donde ya había hecho la entrega —uno de los pocos en los que me abrieron la puerta principal— había visto en el recibidor cómo se acumulaban las cestas. Esa gente recibía ocho o diez cestas navideñas. Parecían animales domésticos reunidos en manada antes de ser sacados al jardín. Tal vez en una sobremesa el marido comentase con la esposa: los de Rumasa deben llevarlo mal porque este año no han mandado cestas, ¿será verdad eso que se rumorea de que están en quiebra? Y de ahí no pasaría la cosa. La criada traería el segundo plato, la esposa diría ¿no tienes apetito?, el doctor o el directivo o quien fuera se tataría la boca un instante para silenciar un eructo, y ya. Era un desperdicio entregarle cestas navideñas a quienes podían comprarse la cesta que quisieran. Pero no le dije nada a Manolo, apenas le pregunté si creía que alguno de aquellos principales se quejaría de no recibir la cesta, y él me miró atónito: no te preocupes que alguna sobraré, siempre sobra alguna, y si sobra sólo una, es tuya. Paso de cestas, le dije otra vez. Aunque en realidad no podía dejar de pensar en vender todo lo que había en cualquiera de aquellas cestas, podría comprarme no sólo los tres tomos de *Los trovadores* sino el nuevo disco de Silvio Rodríguez y el disco de La Mode y hasta el finalista del premio Planeta que se lo habían dado ese año a *La Canción del Pirata*

de Fernando Quiñones y estaba por salir. Llevábamos hora y media de reparto y sólo me habían dado setenta pesetas de propina. La camioneta perdió de vista el barrio de Montealto y se internó en El Pinar. Ahí ya había algunos bloques altos. Como no funcione el ascensor en alguno de esos estoy bien jodido, dije.

Me tocó subir a un séptimo, aunque el ascensor funcionaba. Había un piso por planta. Y de repente, Ana, mi profesora de griego, que me había dado griego el curso anterior pero aquel curso me daba literatura, nos había estado comiendo la cabeza con los trovadores y había conseguido que me enamorase de la historia de uno, Jaufré Rudel, hasta me había puesto a escribir un relato sobre él con vistas a presentarlo a un premio Municipal. Sólo se lo había contado a ella, y ella me animó, dale, es una historia preciosa, pero ¿cómo piensas contarla?, ¿desde dónde?, ¿quién la cuenta? Me dijo que tenía que echarle un vistazo a lo que contaba Martín de Riquer en *Los trovadores*, que seguro que en la Biblioteca Municipal tenían los tres tomos, aunque si no, ella podía prestármelos. A veces, cuando añadía un párrafo al relato que iba escribiendo me daba cuenta de que no lo añadía porque tuviera necesidad de añadirlo, sino para decírselo a la mañana siguiente a Ana y seguir hablando de aquello por si daba la causalidad de que aquello nos llevaba a cualquier otra cosa, por ejemplo a Mérida, hacía sólo unos meses, a la excursión que hicimos los de tercero para ver el teatro romano, ese curso sí que nos había dado

griego, y la excursión era una especie de rito de paso en el instituto, el primer viaje, la noche fuera de casa formando parte de un ejército de chaveas, estrógenos y hormonas campando a sus anchas sin policía antidisturbios que los contuvieran ni horarios cerriles rompiendo ninguna magia. Los profesores que iban de cuidadores se tapaban los ojos o miraban para otra parte o se dedicaban a lo suyo, que las muchachas babeaban por el profesor de Literatura, aunque mucho nos temíamos los muchachos que a él le ponían otras cosas. Los repetidores contaban magnos episodios de los viajes a Mérida: no es que nos llevaran a ver ruinas, decía uno memorablemente, se trataba de volver de allí hecho una ruina.

Hubo un largo combate de preguntas y temores en mi cerebro (debió durar más de un segundo: lo mismo que la Edad de Hierro para la Historia geológica del planeta): por una parte temí que pensara que yo había averiguado su dirección para declararle mi gratitud con una cesta navideña (o sea, que era un psicópata, mas psicópata enamorado), por otra me pregunté cómo formaba parte ella, tan radical y enrollada y colega de sus alumnos (en Mérida se había venido de discoteca con sus muchachos después de agotarnos viendo ruinas en muy buena forma, antes de andar por un caminito oscuro que nos llevara a la residencia donde haríamos noche; retrataba a los poetas griegos como si fueran punkies los unos, hippies los otros; hablaba de los trovadores como si fuesen astros de la

canción y en ese plan) de la lista de principales a los que el Sr. Rumasa agradecía cada navidad su existencia y que colaborara con ellos en sus ocios y negocios. Quizá los chicos Rumasa —que eran como veinte— tenían una profesora particular de griego, quizá el jefe del clan, en una de sus profecías, había vaticinado que el griego era el idioma del futuro, el idioma de los negocios y después de la profecía preguntó por ahí quién era la mejor profesora de griego de la ciudad y pidió que se la trajeran para que empezara a educar sin tardanza a su prole. Quizá vivía con sus padres y su padre era un banquero a los que la hija le sale contestataria (fue la única profesora que apoyó la huelga de alumnos de aquel año, allí estuvo con nosotros, de brazos cruzados, y en primera fila de una manifestación en la que, dado su aspecto, nadie debió tomarla por profesora sino, como mucho, por alumna de COU). Sea como fuere, ese combate entre dos líneas de pensamiento quedó aplastado por un resplandor que llenó mi cerebro de luz y me hizo cerrar los ojos (fue como si una pared entera del cerebro estallase): me di cuenta allí delante, cargando con la cesta que tenía que entregar, que iba pésimamente vestido, que llevaba mis zapatillas agujereadas, mis vaqueros más sucios, un jersey que me venía grande y al que le hubiera tenido que pasar una cuchilla de afeitar para limpiarlo de bolitas. Como digo todo ocurrió en un par de segundos, con ese vértigo de pensamientos y sensaciones que es imposible capturar en las ordenadas

hileras de un testimonio. Prevalció la sensación de ridículo: no es que fuera un dandi, menos aún en una época en que volvía a campar a sus anchas el estilo progre de camisas por fuera de los pantalones y estudiado descuido en la vestimenta, pero no desdeñaba tanto mi aspecto como podría inferir quien me viese con aquel jersey, aquellas bambas y aquellos pantalones. Que vas a repartir cestas de navidad, no a pedir limosna, me dijo mi madre cuando me vio salir camino de la faena. Pero era ya tarde como para cambiarme.

Ana se echó a reír al verme allí cargando su cesta y con aspecto de mendigo. Le sorprendía verme de repartidor tanto como a mí me sorprendía verla entre los principales de la ciudad, los elegidos que recibían cestas de nuestro más célebre plutócrata. Me invitó a pasar. Si quería una Coca-Cola. Le dije que me tomaría un gin-tonic. Si eres capaz de pedírmelo en griego te lo sirvo encantada, me dijo. No fui capaz. Ir de chico duro a aquellas horas de la mañana tampoco era plan.

No había nadie en la casa, a no ser que se considerase que cinco cestas de navidad acumuladas en una cocina que parecía la de un restaurante caro, o la de una serie de televisión sobre Ricos y Pobres, tuviesen entidad suficiente como para ser alguien. ¿Qué tienes tú que ver con el Sr. Rumasa, le pregunté?, aunque un segundo antes, cuando todavía no había salido de mi boca el garfio de la interrogación estuve a punto de conseguir censurarme la pregunta. Mi marido es del Consejo Regulador del Vino, respondió ella. Consejo

Regulador sonó a equipo extranjero que tenía que enfrentarse al Madrid en la primera eliminatoria de la Copa de Europa, uno de esos equipos de Malta o San Marino encantados de recibir a un coloso sin importarle que entre la ida y la vuelta le caigan diez goles, como si a lo único que aspirasen de veras es a que los jugadores puedan contarles a sus nietos que ellos, allí donde los veían, regentando un chiringuito de playa o un gimnasio, habían jugado una noche del incandescente pasado en el Santiago Bernabéu. Pero marido sonó a fin del mundo, a verso del Apocalipsis, a nota insuficiente en el último examen. ¿Ana estaba casada? Y si estaba casada, ¿cómo no estaba casada con un poeta lamentable, con un cantautor cuyo único libro fuera un diccionario de rimas, con un líder sindical que podía hablar de tortura policial con el suficiente desparpajo como para echarse unas risas al hacerlo? ¿Ana? ¿La misma Ana que había conseguido traer a nuestra semana cultural a García Calvo, una eminencia, poeta y filósofo ácrata? Aquello fue glorioso, aquel tipo vestido con varias camisas de distintos colores, con el cuello arropado por no sé cuántos fulares, empezó a decirnos que no nos dejáramos engañar por los mayores —terminología militar, mayores—, que los clásicos españoles eran todos un bluff dijeran lo que dijese los libros que nos hacían estudiar, salvo algunas letrillas de Lope de Vega que seguramente Lope de Vega le robó al ciego que las cantaba en la esquina, que cuantas más veces dijésemos NO

más verdaderos seríamos, que decir algo ya era empezar a hacer porque el hacer empieza en el decir, y por lo tanto decir NO era acción, tan acción como romper un escaparate. Salimos de aquella charla convertidos, momentáneamente, en otros, en seres inexpugnables seguros de que la Realidad no era todo lo que había, y que lo que éramos de verdad había sido rapado por el consorcio entre Estado y Capital, y que el futuro era el desnudo emperador de nuestras vidas y no debíamos mirarle a los ojos para no quedar hipnotizados por un canto de sirena que acababa en desastre, porque el futuro en verdad sólo era el lugar de nuestra muerte, y nuestra muerte quedaba perfectamente representada por la escena familiar que a cada uno nos esperaba, papá y mamá en el salón mirando un programa imbécil de televisión sin dirigirse la palabra, las faenas dictadas de cada día que pretendían que todos los días fueran el mismo día para confundir la memoria y poder aislar en ella momentos excepcionales a los que pudiéramos inconfundiblemente darle el nombre de “Vida”. ¿Esa misma Ana, que en sus clases aprovechaba un fragmento de Safo o de Calímaco o de Arnaut Daniel o de Guillermo de Aquitania para hablar de los arrebatos del amor, del amor como gran espejo en que reflejarnos y todos los espejos nos reflejan y somos dueños de cambiar el espejo de sitio porque lo importante es que nos asomemos y nos reflejemos y obtengamos la mejor imagen? ¿La que nos sorprendió una mañana diciéndonos feliz-

mente —luego algunos sabríamos que la frase no era suya— que el amor se inventó en el siglo XII, como si fuera una máquina, el zepelín o el submarino o el helicóptero? Sí, esa. Casada con un potentado, un Borgia de los vinos de Jerez que se gastaba en gomina a la semana lo que mi familia entera en filetes en un año. Esa misma, con sus fulares y sus vaqueros ceñidos que dejaban intuir un culo dibujado por un maestro y sus bambas sin cordones y sus cigarrillos con alumnos en el patio de atrás, la misma que me escuchaba entusiasmada contarle mis avances ficticios en el relato de Jaufré Rudel, el trovador que se enamoró de una mujer a la que nunca había visto sólo por los elogios que escuchaba de su belleza en boca de los marinos que volvían de Tierra Santa, y tan loco de amor se volvía, tanto idealizaba a la mujer aquella, que decidía embarcarse sólo para comprobar si la ficción que había creado a través de los testimonios de los marinos se correspondía con la realidad de un ser, igualmente inalcanzable, de carne y hueso y malos miércoles a disgusto con todo o problemas estomacales por culpa de demasiados banquetes. Esa misma Ana, sí.

Por ponerla en un aprieto, como si estuviera entre mis posibilidades tal cosa, pero sin disfrutar lo más mínimo de la situación, porque el jersey grande empezaba a picarme en el cuello y me daba vergüenza mirar al suelo porque me encontraba con mis bambas deterioradas, le pregunté si se acordaba de lo de Mérida. Ella puso cara de extrañada, cara de quien busca

algo, un mechero o unas llaves, en el sitio donde siempre los deja pero de repente se encuentra con que no están y se toma un momento para repasar sus últimos movimientos por averiguar dónde ha podido dejarlos. ¿Qué pasa con Mérida?, preguntó. Forcé una sonrisa que pretendía ser traducida por “vamos, sabes igual que yo lo que pasó allí”. Tenían que haberle llegado noticias, aunque nunca me preguntó directamente. Tampoco es que yo me elevara varios palmos sobre el suelo de orgullo y ni siquiera consentía que me hiciesen gracietas los compañeros, me ofuscaba si alguien me daba la palmadita en la espalda y soltaba un “me han dicho que muy bien en Mérida, ¿no?”. Mandaba a tomar por culo fácil al chismoso. ¿Qué pasa con Mérida?, insistió, como si hubiera encontrado las llaves o el mechero que no estaban donde debían haber estado, ahora había más seguridad en su voz, un punto de fiereza en la mirada, aunque puede que esto no sean más que figuraciones mías, ilusiones que se hace la memoria para restaurar una escena a la que el tiempo hambriento le ha comido los colores. ¿Te acuerdas, le dije, que había tanto ruido en el antro aquel al que fuimos por la noche todos y que te saliste a fumar y yo me salí y estuvimos hablando? Asintió sin mucho convencimiento. Yo llevaba en la mano el segundo o tercer cubata, en cualquier caso el último, no sólo porque ya estaba un poco borracho sino porque no tenía dinero para más, pero ella me invitaría a uno más, tan a gusto que estábamos conversando allí,

que hasta me ofreció un cigarrillo y aunque yo no daba una calada se lo acepté y lo mantuve encendido entre dos dedos dejando que se consumiera. El caso es que creí que estaba coqueteando conmigo, quizá inducido también por las leyendas que decían que aquellos viajes los organizaban Ana y Pedro, que era el otro profesor encargado de custodiarnos, para darse sus alegrías probando carne adolescente, y en un momento dado creo que atreví un beso y ella lo esquivó como si hubiera nacido para hacer ese movimiento perfecto, al que siguió un condescendiente, eh, eh, no te equivoques, nada afectado ni superior, nada enfadado tampoco. El movimiento rompió la magia, naturalmente, ya no podíamos seguir conversando aunque me quedara la mitad del cubata en el vaso, que no me apetecía lo más mínimo. Volví dentro del antro, más mosqueado conmigo mismo por mis riesgos ebrios que por la actitud de ella, que permaneció donde estaba, no sé si le acercó alguien más, supongo que sí, algún otro alumno, como si no pudiéramos dejarla sola o hubiera cola para intentarlo y ella fuese magistralmente esquivando a uno y otro. Yo más o menos quería contarle no lo que ella debía saber, si no lo había olvidado, que, por repetido año tras año con uno u otro alumno, parecía haber olvidado que intenté besarla la noche de Mérida, sino lo que vino a continuación, cuando entré en el antro y me encontré con Irene, una chica de mi curso, ni guapa ni fea, pero que jugaba al voleibol, anotaba muchos tantos

aunque nadie se daba mucha cuenta, embebidos como estábamos en la contemplación de otras jugadoras, menos efectivas pero más imponentes, y era además la única chica de mi curso que podía meterse entre los cinco primeros en las carreras de dos vueltas al Instituto, en las que yo siempre quedaba tercero o cuarto, había dos auténticos galgos en mi clase. Venía del baño y estaba más claro que el agua que se había dado un hartón de llorar y yo le cogí de la mano y le dije: ¿qué? Ella estaba loca por el otro profesor, y se ve que había necesitado más de tres cubatas para acercarse a él, sacarlo a bailar, decirle lo que tenía que decirle, oír lo que no quería oír. ¿Qué pasó?, preguntó con repentino interés Ana. Se ve que ni ella le contaba a Pedro una palabra sobre los alumnos que habían tratado de besarla ni Pedro le contaba a Ana una palabra sobre las alumnas que le habían dicho lo que él no quería oír. Debían estar acostumbrados. Se sabía que manejaban bien la situación, aunque si el director del Instituto supiera cuántas veces tenía que parar el bus en el camino de vuelta de Mérida a Jerez para que nos apeásemos a vomitar, hubiera prohibido nuevas excursiones. Le conté lo que pasó. Irene y yo nos consolamos de nuestros respectivos fracasos, ayudados por el alcohol, quizá convencidos de que necesitábamos un poco de cariño, una pequeña victoria que empañara la magnitud de la derrota y devorara el ridículo que nos carcomía las entrañas por habernos atrevido a llegar a un punto que en el fondo sabíamos inalcanzable. Nos

estuvimos besando rico y dulce, y decidimos irnos a la residencia aquella donde pernoctábamos, y nos metimos en mi cuarto porque en el suyo había dos camas y no era plan que su compañera de habitación llegara de repente y nos sorprendiera. No le dije a Ana, porque ella debía saberlo sin duda, que yo estaba pensando todo el rato en ella mientras estaba con Irene, a sabiendas también, sin que eso me perjudicara ni el ánimo ni el deseo, de que Irene estaría pensando todo el rato en el profesor mientras estaba conmigo. ¿Era la primera vez?, me preguntó Ana. Me eché a reír, casi insultado, como se hubiera sentido insultado el que hace una confesión perturbadora —fui yo quien robó ese dinero porque tenía hambre— y cuando espera recriminaciones o consuelo es preguntado por los zapatos que llevaba puestos. En el viaje de vuelta Irene se sentó a mi lado. Se le veía desde lejos que quería demostrarle a Pedro que él se lo perdía. Pero yo estaba mareado, avergonzado, hecho trizas. Sólo quería que el camino no estuviera ni lleno de aventuras ni lleno de conocimiento. Por fortuna estábamos todos bastante castigados y reinó en el bus, contra la algarabía del viaje de ida, una calma tensa con fondo de hilo musical, sólo interrumpida por peticiones de que el vehículo parara porque alguien necesitaba bajarse a echar la pota.

Necesité salir de allí. Ni sé bien qué me decepcionaba en todo aquello: si el hecho de considerar a Ana una impostora por el mero hecho de que estuviese

casada con uno de los de la lista de principales o el hecho de haberme imaginado que, aun después del fracaso de Mérida, y recompuesta nuestra relación profesora-alumno, aunque ahora con la literatura y no el griego como disciplina... No sé tampoco qué me había imaginado: delirios habituales de un adolescente, supongo, que alivia su testosterona en los grandes pastos de la fantasía. Pareces decepcionado, Bonilla, me dijo, cuando deberías estar encantado con lo que ocurrió. Que utilizara el apellido ya era crueldad. Siempre me llamaba Juan, a qué venía lo del apellido ahora. Sí, le dije, decepcionado, es que la cesta que llega a mi casa no trae jamón ni peladillas ni castañas en almíbar, que deben ser una maravilla, y eso que mi viejo trabaja en el Sr. Rumasa desde que era chaval, le dije. Si es por eso, puedes llevarte lo que te apetezca, aquí mandan muchas cestas, respondió. Debí haberle dicho que NO, que es lo que dice un hombre libre, según aprendimos aquel día de García Calvo, pero sin dudarle un momento cogí las castañas. Ana buscó en su monedero y encontró una sola moneda de cincuenta pesetas y me la ofreció: la propina. Iba a decirle que no, pero me dije: ya estás cogiéndola, no eres un hombre libre, ese dinero es tuyo. Y bajé por las escaleras para, mientras llegaba el ascensor, no sentir la irónica mirada de Ana, con su “pobre chaval” clavándoseme en los ojos. Y seguimos el reparto de cestas, mientras Manolo se comía las castañas porque yo probé una y no pude ni tragármela porque sabía de-

masiado a realidad feroz, a “esto es lo que hay”. Me parece que aquel día empecé a ser mayor.

Guardé siempre, sin embargo, la moneda, no me la gasté nunca a pesar de que hubo veces en que era el único dinero que me quedaba. Aquello no era dinero, era un recuerdo, es decir, algo cuya sede estaba en el corazón. La conservé por tener algo de Ana, supongo, algo que me acompañara donde fuese. Y ahí seguía, en aquella vieja caja de lata que fue lo único que no pude llevarme al mercado de Candem Town, a la parte de los establos, el jueves en que empecé a vender mi pasado para comprar un poco de futuro.

UN NIÑO DE NADIE

Ángel Castro Maestro

Salió de allí y ya le vimos la derrota en la mirada. También el odio. Bueno, el odio no, porque el odio es un sentimiento que siempre procede de otro más noble. Vimos la áspera condena, el menosprecio por ignorancia, el desapego... ¿desapego sirve? ¡Alguien nos toca por la cara! Alguien que no podemos ver y eso es terrible porque si alguien toca tiene que dar la cara, pero no podemos ver ni movernos, creemos... volar sí. Como nunca, como ninguna de las drogas ha podido jamás, ¿qué hemos tomado? Volar como nunca y sin embargo no podemos impedir que alguien ponga los dedos por la cara. No se ve nada, nada. A veces todo blanco, a veces, rojo y se oyen rumores de voces pero creemos que todo esto pertenece a un sueño, al mundo..., era otra palabra que no me sale, algo parecido a lírico, pero no... ¡joder con las palabras! Cambia todo de colores como cuando pillamos un tripi y la vida, aunque sea en el *Polígano*, se vuelve del color que nos venga en gana. Ya está bien de grises y de negros, coño. El color de los barrios estos tan cutres es apagado, es marrón oscuro, negruzco, sucio, pardo... ¿pardo sirve?... Pero estos colores no los controlamos, no hemos tomado nada o se han borrado completamente de la memoria, o las palabras nos han ocupado

las habitaciones del coco y nos van a anestesiar, ahogar, agobiar, asfixiar, ¿sofocar sirve?... las palabras, ¡joder con las palabras!, y con este grito que vuelve y se clava aquí y que no para, ese alarido inhumano, chillón ¿quién nos toca, joder? ¡Quien seas! ¿No puedes estar sin tocar? Da la cara y hablamos... Oír sí oímos, el grito, el runrún seguido y nada más, bueno, sí, alguna tos como en los cines del centro comercial... qué fácil es sentarse en las películas de amores al lado de alguna vieja y levantarle el monedero, pero qué hijas de puta, no llevan casi guita, el bonobús, pañuelos y alguna estampa de la Macarena y del Gran Poder. ¡Qué vida, coño! ¡Y dale con la cara! Nos tiene ya hasta los timbales y el caso es que no podemos ni pensar en canearlo.

No sé qué le pasó, pero el Tano nos preocupa, esos ojos con los que salió de ese talego para chavales, esos ojos de moverse incansables, de un lado a otro, de arriba abajo, de estar tirante por dentro, en tensión..., ¿en tensión sirve? Esos ojos. Igual es que está institucionalizado, o lo que es peor, igual lo están convirtiendo en un *pringao* y sólo se resiste con la mirada que parece saberlo todo pero que viene con el amargo retrato de la derrota, que lo dijo un menda en el final de una peli de la que ya no nos acordamos. No le gustó que le levantáramos la cartera al primavera de las bolitas, hasta nos dio la brasa cuando les dimos esquinazo y contábamos la pasta, pero bien que la aprovechó para comprar una tele para su abuela. Esa mirada no

nos gusta, porque creemos que viene, no de una derrota, como decía la abuelilla, porque el que pierde siempre tiene oportunidad de volverse más fuerte, pero no. Creo que es una mirada de cansancio, con dieciséis años, de entregarse, de rendición..., ¿de rendición sirve?

Y esas ganas de repetir con la Patri. ¿Quién se cree que es? Si es una pija que no vale nada, una pibita insignificante. ¿Se nos ha enamorado el Tano? ¿El Tano? Creo que volamos, no sabemos dónde pero volamos, el cuerpo no pesa, sólo el grito ese...

Tenemos muchas ganas de ir por ahí sin tener nada que ocultar, de sentarnos sin recordar lo que no debemos decir. Tenemos ganas de poder caminar sin nada malo detrás, aunque nos han dicho que las cosas que uno oculta, lo inconfesable, vuelve siempre, aunque no tenga ya efecto. Queremos ir sin toda la mar detrás, pero nos repiten que ya siempre vendrá con nosotros, siempre, toda la mar y todos los barcos, porque nos hemos acostumbrado a vivir así, es fácil, te sientes vivo.

¡No sabemos quién grita! No lo sabemos pero es inhumano, es insoportable, inoportuno, es indescribible, es inenarrable, inmarcesible, que no recordamos lo que significa inmarcesible, ¿sirve?... Pero es curioso cómo estamos recordando tantas palabras seguidas y tan bonitas, ¿quién grita, por dios? Es un chillido, un aullido, un alarido... ¿alarido sirve?

Recuerdo los gritos de mi vieja cuando se enfadaba, con su eterno cigarrillo colgado en los labios, gritaba como... así, así gritaba y no se planteaba que nos asustábamos, que nos bloqueábamos y que hartos de bloquearnos decidimos hacernos los sordos, no hacer ningún caso, con el tímpano perforado, como este grito del demonio que martillea el coco hasta fundirlo, este grito que es como un acoso, como un asedio, como un sitio, sí. Un sitio de sitiarse, de rodear, otra palabra bonita... ¿sitio sirve? ¡Joder! Algo ha pasado para que estemos flotando, rodeados de palabras y con este ruido infernal.

Nos encogemos de hombros y nos damos la vuelta porque siempre hemos creído que todo lo que uno puede ver es poco y que si no vemos al mundo, tampoco el mundo nos ve a nosotros. Todo es recíproco. Es de las pocas cosas que recordamos de la escuela, porque sí que nos gustaron siempre algunas palabras y las aprendimos, ¿recíproco sirve? Esa es una de ellas, difícil de pronunciar para la gente del sur que habla como nosotros hablamos, pero una vez que lo consigues, resulta una palabra fuerte, densa y mayor de edad, porque las palabras tienen también su tiempo. Otra es *soledad*. La palabra *soledad* es muy larga para tan poca compañía y tiene un significado tan tremendo, tan áspero, que se debería buscar una más corta y más blanda, quizá ya existe.

Por eso, por eso ir siempre con el Tano, la hacía desaparecer o al menos mitigar, ¿mitigar sirve? Que esa es otra, una palabra que parece de coña pero es cierta y significa lo contrario de lo que parece. Suena a poco, a migajas, casi nada, pero significa algo bueno. Y es que los dos, el Tano, *Madriles* para todos, porque su madre lo parió allí aunque se vino rápido aquí, al Polígono de San Pablo, al *Polígano*, no a los bloques altos que son las nuevas casas, sino a las bajitas que estaban antes.

Pues el Tano y nosotros, así, tomados de uno en uno no es mucha compañía, no dejas de estar solo, pero algo menos, y se convierte en un adverbio de tiempo... ¡qué! ¿Está bien dicho? Es verdad que no sabemos bien si será adverbio o adjetivo que todo eso nos trae al fresco, del colegio sacamos lo justo o un poco menos.

Y un día todo se acabó, como se acaban las copas en la madrugada, demasiado pronto. Y lo encerraron en ese talego por algo que no fue culpa suya, por ser bueno, porque el Tano siempre ha sido muy noble, más que yo y aunque no tenga a su madre ya, mientras vivió fue muy buena y le daba muchos besos, pese a que era rebelde y enredaba mucho, nunca le faltaron abrazos de su madre.

El juego ese, las siete vírgenes, se hace a oscuras y se necesita un espejo y mínimo dos velas. Siete estampas

de vírgenes, que se ponen de cara a ti. Nosotros pusimos las mejores de Sevilla, que tiene muchas y muy guapas. Se encienden las velas y hay que contar hasta sesenta, despacio, como calculando un minuto. Una vez que uno llega a ese número, se te aparece la virgen, que aunque haya cientos es una sola y te enseña tu vida y tu muerte... ¿y qué nos salió? Pues la virgen con un oso verde... ¡toma ya! Una metáfora, seguro. Una alegoría, una metonimia, una paronomasia, una... ¿prosopeya sirve? No recordamos qué son esas cosas, pero algo de la seño de lengua, Montserrat, que era como una muñequita de esas que se rompen si se caen. Y era buena. Daba rollo liársela en su clase, no tenía mérito y siempre le gustó que nos gustaran las palabras. Era buena, un inocente pajarillo no como el flauta, de sociales, ese sí que era mamón, pero a la señorita Montse le caíamos bien, porque desde bien niños éramos aficionados a las palabras. Siempre nos gustaron. Las veíamos escritas y flipábamos al ver que una serie de garabatos extraños, raros, ¿insólitos sirve?, porque mira que es raruna la *efe*, o la *cú*. Pues es flipante, precioso, alucinante... ¿alucinante sirve? Que una serie de garabatos todos juntos significaran tantas cosas ciertas y algunas tan importantes, porque hay palabras importantes, como admirar, que es una especie de generala de las palabras o de comandanta.

Nosotros teníamos un libro en la casa que muchas veces leíamos, un diccionario *Everest*, donde estaban todas las palabras que decimos. Bueno, todas no. Mu-

chas de las que se usan aquí en el *Polígano* no vienen ahí, como *cani* o como *sislar*, aunque sí vienen *pringao* y *tripi*.

No podíamos leer libros normales, no teníamos paciencia, no nos enterábamos. Las líneas enteras de palabras formaban una historia, una trama, un argumento... ¿argumento sirve? Que no podíamos seguir porque nos distraíamos y lo dejábamos. Cada momento había que volver atrás porque ni nos acordábamos de los nombres de los mendas que salían. No es igual cuando los oímos o los vemos. Y lo dejábamos, ¡un coñazo! Pero leer palabras sí. Una tras otra, despacito, luego más deprisa, una tras otra, pronunciarlas en voz alta o entre dientes, porque la abuelilla se asustaba creyendo que nos habíamos ido de la perola y mi vieja decía gritando que me callara, que le dolía la cabeza, la muy...

Luego intentábamos recordar su significado. Y en los ratos perdidos, mientras corríamos al colegio o a casa del Tano o de vuelta, porque para los niños correr es tan fundamental como andar con los colegas con el brazo por encima. En esos ratos, en la cabeza, inventábamos historias con esas palabras que habíamos leído, sin un hilo, sin orden, ¿sin concierto sirve? Si hubiéramos sido capaz de grabarlas no tendrían sentido para nadie, pero para nosotros sí.

Nos gusta mucho el cine y creo que por él seguimos vivos. Nunca el agradecimiento será suficiente para la

Rosi que nos abrió, tantas veces, la puerta de aquel cine donde tantas veces nos refugiamos de los agobios, los miedos, los riesgos y las inclemencias de la vida... ¿inclemencias sirve? A cambio de unos cuantos minutos de ternura aparente, de virutas amorosas, de acercamientos inciertos y de palabras no terminadas de pronunciar, pero sobre todo de besos y mordiscos y otras cosas, en la parte de atrás de aquel almacén oscuro del cine del centro comercial donde, menos mal, no se veían los ojos de ninguno de los dos. Además la Patri, que estaba muy buena, tenía unas gafas que le hacían los ojos muy grandes y era mejor no verlos. Luego veíamos la peli, siempre empezada y casi a la mitad, pero daba igual. Ella seguía con sus entradas y las palomitas y nosotros a echar un rato intentando olvidar la mugre del *Polígano* mirando gente guay. No, las pelis de hostias no nos gustan. Ni las que tienen muchas carreras de coches y explosiones. Nos gusta oír a los mendas que salen porque a veces dicen cosas muy bonitas, interesantes, que nos gusta recordar, para eso las repetimos mucho, que no se nos olviden... y luego vienen, porque nos reconocen, creo, somos amigos de las palabras, no dan miedo las palabras, son buenas, los malos son los que las escupen.

Lo decía siempre la abuelilla, la madre de un padre, al que no conocemos, que no sé porqué, vivía con noso-

tros y nunca nos habló de él. Ahora sabemos que no debía fiarse de mi vieja, natural. Quizá por eso lo decía al peinarnos los rizos mientras mojaba el peine en el chorro de agua tratando de domarlos. “No sé a quién te pareces con este pelo tan rizado... a ver si lo acomodamos.” Eso nos decía la abuelilla todas las mañanas. Era la única que nos quería y nos cuidaba, la única en quien se podían confiar las cosas de niño porque mi vieja se tiraba toda la mañana durmiendo y con la habitación llena de humo, como si durmiendo también fumara. Nosotros y la abuelilla dormíamos en la otra habitación, la que servía de comedor y de todo. Con la abuelilla nunca nos faltó un vaso de colacao y un trozo de pan con lo que fuera, que nunca acabamos porque a esa hora no nos entraba nada sólido.

La abuelilla era la ternura de aquella edad, lo que nos hacía pensar en una especie de familia, sobre todo cuando mi vieja se enfadaba, que era el tiempo completo y gritaba... La abuelilla, que apretaba sus manos con las nuestras, observaba cómo miraba yo a mi vieja y le daba susto y nos decía:

—Ricardo, eres un niño que va suelto, por libre. Tienes la ausencia en la mirada, como las personas mayores cuando desprecian algo. Como si fueras un hombre ya, un hombre solo, y es que eres un niño de nadie. Un niño que no tiene apegos, como si no tuvieras recuerdos; de una independencia que resulta hasta peligrosa. Eres de nadie, ni siquiera mío, a quien todos los días das dos besos, uno cuando te vas y otro

cuando vuelves por la noche... a veces me miras, como si vinieras de lejos, como si ya te supieras todo lo que te rodea y con ocho años supieras ya todo lo que pasa aquí, lo que ocurre de día y de noche, lo que nos toca echar de menos y lo que jamás tendremos... —Y se ponía muy seria la abuelilla para seguir dándonos la brasa, aunque no le hacíamos caso—. No tienes apego, niño, ningún apego con nada, con nadie, salvo con ese libro que miras y que te ata al sillón, lo único que te hace estar quieto cuando estás aquí. No quieres a nadie, Ricardo, ni a mí, que eres la fuerza de mi vida, no eres de nadie. Nunca he visto en tus ojos de niño la mirada de un niño. Eres considerado conmigo, sí, pero como podría serlo un hombre mayor, mucho mayor y no eres inocente, no.

Y los ojos de la abuelilla se le llenaban de agua y ya miraba al suelo, disimulaba las lágrimas y se marchaba diciendo para ella entre sollozos ahogados, “No sé de qué derrota viniste un buen día cuando abriste esos ojos oscuros que tienes. Aquel día que no querías mirarme, aunque no estabas llorando, ni siquiera te portaste mal. Nunca te portas mal... Vas solo, sí, eres de nadie. Ni para ponerte malo das un ruido, eres un niño de nadie Ricardito”. Y entonces yo la interrumpía levantando un poco la voz, para que se riera: “Richi, abuelilla, no Ricardo, yo soy Richi y moriré siendo Richi, ¿sabes?”.

Y es que todas las preguntas, todos los miedos; las angustias de niño pequeño que sabe que está en el

mundo sin las sombras protectoras que son los padres. La sed, la curiosidad, querer saber, necesitar entender, indagar... ¿indagar sirve? Y sólo estaba la abuelilla como respuesta, la pobre abuelilla que nos duró tres años más, que nos cuidaba como podía, pero no era lo mismo, que nos regalaba en el cumpleaños, pero no organizaba ninguna merienda, como a los amigos.

Tener claro y seguro que no iba a haber nadie esperándonos en la puerta del colegio, mirándonos en las putas funciones de los niños pequeños. Nunca pudimos enfadarnos, como todos los niños cuando sus mayores les besuquean y les pellizcan tanto... los besos de la abuelilla estaban muy bien, pero faltaban muchos. Ella, la pobre, hacía todos los papeles y más.

¿Cómo vamos a ser de alguien? Siempre hemos sido solos. Hemos descubierto todo solos, hemos pasado el miedo más grande del mundo solos, yo conmigo mismo, por eso, cuando estamos solos, hablamos y pensamos siempre en plural, porque parece que así estamos acompañados. Un niño de nadie, ¡pues claro!

¡Por la virgen santísima, que paren ese ruido tan horroroso de fiera herida! ¿Que no nos quejamos? Pues claro, ¿para qué? ¿A la abuelilla? Bastante tenía la pobre con sacarnos adelante con la miseria que cobraba, que lo sabemos y hasta ahorra para que no nos faltara un disfraz de batman en los putos carnavales que siempre odiamos, porque siempre vivimos en una casa que era un puñetero carnaval lleno de humo de los cigarros negros de mi vieja.

¿Que de qué fracaso vengo? Pues de todos, abuelilla. Y eso que contigo no me sentía solo, por eso te hablo en singular. Dime tú del fracaso que no venga. Vengo de los tuyos, que en vez de descansar con tu pensión de viuda de un mecánico, que era lo que ya te correspondía, te convenía, tenías derecho, merecías... ¿merecías sirve? Tienes que ocuparte de un nieto sin padre y con una madre ausente aunque está presente, es decir, de una madre... ¿transparente sirve? Del fracaso que supone un padre que no conocí y que se llamaba Ricardo, igual ni era mi padre, abuelilla. De los fracasos de mi madre, que se pueden contar como las arenas de los desiertos, como los páramos. Gran palabra, ¿páramo sirve? ¡Dios, el grito ese, que se me clava aquí, aquí!

De ahí venimos, con esos fracasos nos levantamos todos los días y le damos una patada en el culo a esta vida que nos toca y con esos mismos nos acostamos en estas sábanas tan ásperas y tan arrugadas como la cara de la pobre abuelilla, a ver venir el sueño, que a veces se resiste, pese a que lo provocamos con algunos extras. Pero no nos agobiamos, nos inventamos otra vida con sus personajes, lugares nuevos, profesiones rimbombantes, viviendas de lujo, tías altas, refinadas, modelos que van pasando una tras otra, a ver con cual nos quedamos. Salones con priva de todas clases, hielos... y libros que tenemos tiempo de leer.

¿Y las tías? ¿Qué le pasa al Tano con esa tía? ¿Es que no sabe que sólo traen mal rollo? ¡Que nunca te has enamorado, Richi!, me dice. Pues claro que no, faltaría más. Las tías son lo que son, que yo no las entiendo y hacen lo que hacen y los que les hagan mucho caso y las sigan, pues que se apañen. ¿Es que estás encoñando, Tano, enganchado, colgado, embaucado sirve, Tano? Y nos dice que no, que la ama, que quiere que sólo sea para él, que cuando piensa que otros la puedan mirar se le corta el rollo aunque vaya hasta arriba de pirulas, que en el talego ese que estaba, para menores, se daba contra las paredes cada vez que pensaba que la Patri iba por la calle y los tíos la satireaban.

Nosotros no tenemos tiempo para amar a las tías, Tano, si queremos seguir haciendo lo que hacemos, si queremos tener siempre las ideas claras. Las tías te comen el tarro, te nublan la vista y te empujan de manera que sólo las podemos ver a ellas y nada más y así no hay quien viva ni quien curre, ni quien vaya haciendo sus *bisnis*. ¡Y además! Nosotros somos como los toreros: el día antes de la corrida, ni verlas, que después los toros las huelen a ellas y todo sale mal. El día antes de un palo, a dormir temprano con un canuto y santas Pascuas o es que se cree el Tano que aquí, en el *Polígano*, no hay tías más potentes que la pijilla esa de la Patri. ¡Y que no! Que las tías ya no quieren ser princesas, que lo dice el *pringao* ese de las quinientas noches, ese que va de calavera y de chachi pero le come el culo a los que mandan... menudo mierda. Que las tías llevan su ca-

mino y prefieren ser camioneras, árbitras de fútbol o sargentas y además, que está muy bien eso, qué cojones. Las tías con las tías y nosotros a lo nuestro y cuando nos convenga a todos, pues eso, fiesta y cada mochuelo a su olivo. La mayoría de las tías lo único que pretenden es que los hombres estemos pendientes de ellas.

Las tías... ¡menudas! Y el Tano va y me suelta que tenemos no sé qué traumas por culpa de nuestra madre, que por eso las odiamos... y pensamos estas cosas. Que es una especie de complejo que arrastramos desde chicos... ¡Qué grito, coño...! ¡Parad ya, por favor!

¡Oye, Tano, como insinúes que somos maricones te comes tus propios dientes de un tarrazo, que tú eres muy valiente con todos pero sabes que con nosotros no hay tonterías, que te soplamos tres yoyas y nos fumamos un puro después! Pero es legal el Tano, es un buen colega, lo ha demostrado mucho. Sólo tiene el defecto que se nos enamora demasiado y hay que espantárselas, que la pija esa de la Patri se le ha atravesado y la lleva en plan tatuaje.

No sentimos nada. Nada. Flotamos. Notamos el traqueteo en la cabeza, nos tocan la cara, oímos el alarido que se repite como si el pico de un pájaro se estuviera metiendo en los dos oídos a la vez, como un taladro chillón, pero no podemos ver, ¿por qué no podemos ver? ¿Qué es esto? Que parece que flotamos pero acompañados de un alarido de cuando en cuan-

do y unas manos que recorren el rostro, que nos humedecen un poco, que escuece, ¿qué cojones está pasando? Se oyen cosas raras, metálicas, blandas, incomprensibles y el runrún, el traqueteo en la cabeza... Cunde la desorientación, toda la puta vida envidiando la libertad de los pájaros, observando las películas en que la gente flota sin gravedad, creyendo que eso era un cuento chino y ahora que lo notamos, ahora resulta que no podemos verlo, lo sentimos, sí, pero de una manera muy extraña. Es raro sentir nada, es rara la nada, el cero, ¿la ausencia total de algo sirve? ¿Qué he tomado? Si aún no había empezado con las birras, si justo acababa de despedirme del Tano, que se vuelve al talego ese, si anoche sólo fumamos un par de canutos, creo... o eso fue la otra noche... No sabemos dónde estamos, eso es lo que pasa y eso da inquietud, intranquilidad, preocupación, desazón... ¿desazón sirve? Hemos llegado a perder el norte por eso, por dejar que la vida actúe a su aire.

Porque no creemos en el destino, para nada. El destino no es lotería, ni gilipolleces de profetas ni adivinanzas que se cumplen. No señor. La vida la planificas tú, te la haces tú... ¿entonces qué? Qué hicimos nosotros para nacer donde nacimos y de quién nacimos. Para no tener un puto recuerdo del padre, para que me pariera mi vieja, que no nos gusta llamarla madre, porque ella habrá sido madre, pero nosotros nos sentimos hijo. Si acaso nieto, de la abuelilla. Mi vieja sólo hizo ponernos de patas en la calle en el parto y nunca

mejor dicho, porque la abuelilla siempre decía que nacimos primero por los pies, nacimos de pie...

—Eres un niño con suerte, Ricardito —nos decía sonriente—, porque has nacido de pie. —¡Con suerte! Vaya suerte, la del calamar que suda tinta negra para despistar.

¿El destino? ¿Quién es ese? ¿Uno que lo sabe todo? ¿Ese sabía que nosotros íbamos a tener la infancia que tuvimos? ¡Pues qué cabrón es el destino ese! ¿El destino permitió que mi vieja sea de esa condición y que jamás tuviera una ternura con su hijo? ¡Sí, ese es el que permitió que la abuelilla, en el final de su vida, sufriera más por su nieto que por sus cinco hijos juntos! El que te lleva al talego ese de chavales, al reformatorio, al correccional ¿penitenciaría sirve? ¡Ufff! ¡Ese alarido, por dios, nos traspasa los tímpanos y no podemos pensar...! Entonces es el destino el que nos empuja a *sislarle* la cartera al *pringao*. El que ha elegido al *pringao* como eso y al que *sisla* por ratero. El destino sabe que le vamos a levantar los billetes a un primavera en la cola del fútbol. A uno que vaya con niños y que luego no sea muy cachas, por si hay hostias, y gordito, por si hay que pitar corriendo. El destino lo quiere y lo hacemos... y pobre primavera, ¿no? Qué habrá hecho ese hombre para que el destino le organice que, el día que juega el Bétis, lo desplumen sin darse ni cuenta. Pues qué cabrón es el destino.

No creemos en esas coas, no hay un destino que manda y ordena. Sería un gran hijo de puta. Si acaso

habrá millones que se entrecruzan y que van a lo suyo, se entorpecen, se liberan y se suceden y se amontonan unos con otros, ¿enredando la vida sirve? Como se enredan los cables o el pelo y lo complican todo.

Ha cesado el ruido un poco, pero lo vemos todo negro. Antes veíamos una luz blanca, sin distinguir nada, pero se ha debido apagar, estamos en la oscuridad absoluta, ¡no te jode! ¿Este es nuestro destino?, ¿volar boca arriba en la oscuridad absoluta? Un rumor, el traqueteo, el grito que se mete en mis oídos y la noche negra de esta oscuridad de boca del lobo... Es curioso. No podemos ver nada, no podemos hablar, sólo oír. Y ahora que ha cesado ese grito terrorífico hay un pitido, que es peor, porque ya no nos enteramos de nada.

El destino... ese hijo de la gran puta, el que nos enseñó el juego de las siete vírgenes aquel día en el espejo... nos atacaba ¡un oso verde! Cómo te reías, Tano, cabrón cuando te lo conté. ¿Vas a morir a manos de un oso verde? Pues cojonudo, dijiste, eso es que vas a trabajar en un circo o en el barrio sésamo con un muñeco de peluche asesino que te retorcerá el cuello... joder, cómo te reías, pero nos daba respeto, corte, temor, reparo..., ¿reparo sirve?

¡Qué está pasando! Nos estamos achantando con tanta oscuridad y con tanta ignorancia de lo que estamos pasando. Con tanto no saber dónde estamos flo-

tando y lo que nos rodea. La cabeza está fresca, sí, pero nada más. Si se callara ahora el pitido, si me dejara tranquilo eso que surca mi cara de vez en cuando. Han terminado los traqueteos, pero esta sensación que nos confunde... la cabeza está fresca...

Nunca tuvimos miedo; no lo teníamos desde que pasábamos tanto de chico y a fuerza de pasarlo, de dormirnos el último, de acojonarnos con los ruidos que una casa, en silencio y a oscuras, produce por la noche; a fuerza de haber visto cientos de veces a los vampiros y a los monstruos que asustan el sueño de los niños, comprendimos que eran nada, que estaban en medio de nuestra propia gilipollez, que el miedo lo producían los vivos y esos vivos estaban todos durmiendo, todos dormían menos nosotros, desde bien chicos. Anduvimos por la oscuridad como pedro por su casa, por el portal, incluso nos escapamos con once o doce años a observar cómo dormía la gente y nunca hemos tenido miedo, porque podíamos explicar todos los ruidos, comprender todas las sombras, adivinar las madrugadas y oír los pasos de alguien muchos minutos antes de que llegara. Sabíamos que iba a levantarse viento, que el frío hacía crujir los ladrillos. Sabíamos cómo se van formando las nubes, cómo se deshacen en lluvia y cómo suenan las estrellas al amanecer, todo solos. Nosotros solos y sin miedo, a fuerza de haberlo pasado todo y ahora.... y ahora lo tenemos. El miedo que no debe ser más que el no saber. ¿La ignorancia sirve? Y me viene la frase que aprendimos de un tío

en una peli... El miedo del hombre inventó la religión... ¡sí señor! Y la religión no sirve más que para meter miedo a todo dios, en todos los sitios, a todas horas.

Joder, Tano, cómo te reías cuando lo de las siete vírgenes y... ¡hostias! El Josemaría, el *pringao* capullo del radio cassette, qué cabrón... la moto, el pitido este... se nos clava como el pico de un pájaro carpintero. La moto... un palo... el Josemaría, que le falta un hervor, un soplapollas, con su camiseta blanca...

Una luz, allí, sí. Vemos una luz, vemos una luz allí...

La moto. Nos tiró el cabrón, nos tiró de la moto con un palazo en el cuello... el Josemaría. La moto siguió...

La camiseta del Josemaría, un pitido infernal, prefiero el grito, ¡Hostia! La luz, la vemos mejor... un pitido que no para. ¡Quitad el pitido por vuestra santa madre, por la virgen!

El Josemaría, la luz que viene, el pitido, la camiseta, el pitido, la camiseta, el pitido y la luz, lleva detrás... la camiseta... ¡un oso verde...!

—¡Déjalo ya, Lucía, ha pasado mucho tiempo, demasiado! ¡No hay nada que hacer...!

—Arranca la ambulancia Juan.

—¡A urgencias no, al tanatorio!

—No hay nada que hacer. Relleno el formulario y vamos abreviando. Ricardo Suárez Tena. Varón de diecisiete años... ¿Hora del óbito...?

HOY ES MAÑANA

Rafael Cobos

#JUEGOS DE LA CLASE MEDIA

Mientras lee, A llega a la conclusión —tarde, como siempre— de que le fascinan las piscinas. Las piscinas en general. El concepto de piscina. Y aunque es cierto que A sabe que nunca tendrá la sonrisa de Burt Lancaster —A no es tonto—, o que jamás lucirá como Neddy Merrill sentado en el bordillo de la piscina de los Westerhezy con una hermosa copa de ginebra en la mano, mientras planea cruzar la urbanización hasta su casa nadando de piscina en piscina, no es menos cierto que A sabe perfectamente qué significan las palabras de su vecina cuando dice “creo que anoche bebí demasiado”. Como los Graham y los Hammer y los Howland del libro que lee, él también es un burgués. Y a su modo un NADADOR secreto. Dentro de un rato, cuando anochezca y cierre el libro de Cheever, como no hay piscinas a su alrededor, A subirá a la azotea de su casa y cruzará la ciudad de un extremo a otro, volando. De tendedero en tendedero. De bar en bar. No lo juzgo. Todo el mundo tiene derecho a cruzar su propio infierno.

Contra todo pronóstico, B despierta en mitad de la noche pensando en *amor*. Le ha ocurrido más veces. Quiero decir que no es la primera vez que B se desvela por imperativo de alguna palabra y ya no puede dormir. Le pasó en su día con almendra o nevera o revólver o neumático. Pero nunca antes le había despertado la palabra amor. En defensa de B diré dos cosas: primero, que B no es ningún cursi; y, segundo, que no hay nada que anticipe este tipo de desvelos —por mucho que digan, no hay una ciencia exacta del sueño—.

Sin moverse aún de la cama, y mientras paladea su palabra, B piensa en una historia que leyó hace tiempo en un libro de A. F. M. y piensa en ese hombre que *Piensa en una historia que leyó hace tiempo en el Reader's Digest: si a una persona le dicen que detrás de las 5 puertas que tiene ante sí hay un TIGRE SORPRESA, y que ha de adivinar detrás de cuál de ellas está ese tigre, entonces sabrá que detrás de la última no podrá estar, porque una vez llegado hasta esa puerta sin haber encontrado al tigre, ya sabría seguro que estaría detrás, y en ese caso ya no sería un TIGRE SORPRESA, así que la última puerta está descartada. Y tampoco estará detrás de la penúltima, porque sabiendo ya que en la última no puede estar, entonces sabría, con toda seguridad, que ha de estar en la penúltima, y en ese caso tampoco sería ya un TIGRE SORPRESA, así que en la penúltima, descartado. Pero en la antepenúltima tam-*

*poco, porque sabiendo que no puede estar ni en la última ni en la penúltima, entonces tendría que estar justo ahí, en la antepenúltima, y entonces ya tampoco sería sorpresa, y así va descartando todas hasta que se da cuenta que el tigre no puede estar en ninguna, y que precisamente ésa era la SORPRESA, y para demostrarlo va abriendo las puertas una por una hasta que en una de ellas, da lo mismo cuál, el tigre le salta al cuello y lo mata.** De pronto, B se levanta de la cama —ahora sí; y esto es tan nuevo como su nueva palabra—, busca como un loco en la oscuridad del dormitorio hasta que encuentra su teléfono móvil y lo apaga. Luego se sienta desnudo a los pies de la cama y llega a la conclusión de que mañana borrará de la agenda el teléfono de ella.

Siempre hay tiempo para morir devorado por una palabra.

* En cursiva, texto extraído de la novela *Nocilla Experiencie*, de Agustín Fernández Mallo.

ALGO PARECIDO AL REMORDIMIENTO

Entre sus costumbres, B y M tienen la de nunca citarse. *Cualquier intento de establecer analogías entre la estructura atómica y la estructura del mundo está condenado al fracaso*, dice M, que es autodidacta y justifica sus colisiones con B según el principio de incertidumbre de Heisemberg mientras moja un cigarrillo en cocaína. *La soledad es un problema de proporciones*, sostiene B, que se gana la vida haciendo maquetas. A M no le importa que B sea bajito o esté perdiendo pelo; para ella B es como Ben Gazzara después de una lluvia de electrones. Por lo que hace a B, suele ocurrir que mire a M a través del espejo del baño —el billete enrollado en la mano, medio encorvado frente a la cartera en el lavabo— y afirme que lo que más le gusta de ella es su arquitectura y su rotunda disposición en el espacio —es evidente que entre un comentario y el otro M y B se descojonan—. Hasta ahora nadie sabe —ya lo saben— que tanto B como M tienen una pareja estable a la que aman, cada uno a su forma. Y aunque ya he advertido que no hay premeditación en sus encuentros —los teléfonos que se intercambiaron la primera tarde que despertaron juntos siguen siendo falsos—, cada vez que la incertidumbre de M choca con el mundo en miniatura de B a altas horas de la noche, en un tugurio, se da un extraño fenómeno nuclear por el que los dos acaban borrachos y follando como cerdos.

No voy a dar más detalles al respecto; allá cada cual con sus costumbres. Sólo diré que hoy, después del último encuentro, mientras almorzaban sentados a la barra de una cafetería en un polígono industrial —B un plato combinado del número 7 + resaca, M un sándwich especial de la casa + resaca—, alguien ha cambiado el canal de la televisión de pago y M y B se han quedado en silencio viendo a Marcelo caminar sobre sus platos hacia la playa al final de una película. Luego B ha inventado que tenía que ir al baño y M ha pedido la cuenta sin mirarlo, rebuscando en el bolso.

Ninguno ha sabido explicarse lo ocurrido.

En la calle, M y B se han dado un beso y han tomado taxis distintos. Nunca más volverán a encontrarse.

Supongo que, como debió ocurrirle a Marcelo, no debe ser fácil reconocerse en un monstruo marino muerto y varado en la orilla de una playa y seguir sobreviviendo siendo el mismo. Hay cosas demasiado recónditas para un físico, aunque sea alemán, e irreproducibles en una maqueta.

CONSUELO

José Antonio Garriga Vela

No hay nada como morir, lo hago a veces, aunque sólo un instante. Estoy en cualquier lugar y de pronto pierdo la conciencia, hasta que de nuevo la recupero y todo vuelve a la normalidad. Entonces descubro lo frágil que soy. Durante un breve periodo de tiempo el cerebro desconecta de la vida cotidiana y se va de vacaciones, unos segundos en los que no recibe ni transmite órdenes, como si no existiera. Alguien suelta los hilos y la marioneta cae al suelo. Se apaga la luz y todo queda a oscuras. Este breve descanso, en vez de provocar inquietud, me reconforta. Me deja en paz conmigo mismo. Si algún día no volviera a despertar tampoco pasaría nada, porque al producirse el síncope ni siquiera soy consciente de haber dejado de existir. Se pasa del todo a la nada en un parpadeo. Estos tránsitos fugaces revelan que el final puede sorprendernos de manera imprevista en cualquier esquina, sin avisar. Nadie sabe dónde se encuentra la calle sin salida en la que acaba el paseo. ¿Quién dirige hacia allí nuestros pasos?, ¿acaso el azar? Una voz anónima grita: “¡Corten!”, y deja de rodarse la película de una vida. Desaparecen los focos, la escenografía, los extras. La marioneta se introduce en la caja de madera. Luego se emprende un viaje sin retorno, sin despedidas, tan

simple como el sueño. Pero el azar quiso ser bondadoso conmigo e hizo que Consuelo se cruzara en mi camino. Un simple encuentro puede cambiar el futuro. Un anuncio en el periódico, una llamada telefónica, un piso de alquiler, un malentendido, un paréntesis, la larga noche, los tiempos muertos que detienen el juego, y al cabo de los días la ventura fortuita del reencuentro. A partir de entonces la relación va colmándose de pequeños detalles que nos hacen inseparables. Todo sucede de forma espontánea, casi sin darnos cuenta. Cuando me ausento en su presencia, ella permanece en silencio a mi lado. Al regresar, me acaricia, me consuela. Le digo que su nombre es una metáfora de sí misma, que sólo regreso para estar juntos, que lo demás no importa. Se lleva el dedo índice a los labios y me susurra al oído: “Descansa, Samuel, descansa”. La oigo aunque no pronuncie ninguna palabra, no nos hace falta hablar para comunicarnos. Se está bien así. Creo que podría pasar el resto de los días sin decir ni hacer nada, me agota dar vueltas siempre a lo mismo. Sin embargo, con ella al lado recupero la vista, el olor, el gusto, el oído. Los sentidos, como tantas otras cosas en la vida, no se valoran hasta que se pierden. Antes de conocerla, yo caminaba como un sonámbulo por la ciudad insomne. Me consolaba a solas, decía: “Mi nombre es Samuel, he tocado fondo y a partir de ahora iré hacia arriba. Caer ha sido sólo la ascensión a lo hondo”. Así he pasado la vida, desorientado en un territorio extraño, persiguiendo los

pasos de alguien que abra la puerta y me invite a pasar. Me detengo en medio de la calle sin hacer nada. Paseo sin pensar. Me cruzo con Anubis, el perro egipcio con aspecto humano que no tiene dueño. Lo saludo y prosigo el camino. No es fácil abandonarse hasta el punto de no tomar ninguna decisión. Voy a casa, me tiendo en el sofá, descanso. El reposo del guerrero que jamás se enfrenta al destino. No enciendo el televisor, no oigo la radio, no leo. Desconecto del mundo sin morirme. Nada es tan insoportable para la mayoría de las personas como estar en pleno reposo, sin quehaceres, sin distracciones, sin intereses, sin pasiones. La ciudad está llena de personas que anhelan cosas inconcebibles. Cuando no consiguen sus propósitos las domina una situación de vacío, de impotencia, y caen en la melancolía y el aburrimiento. Ya lo planteó un sabio hace siglos y yo lo ratifico a diario. Me siento cómodo en ese estado de reposo absoluto que a otros inquieta. La melancolía es la enfermedad de la inteligencia. “Me fascinan los tiempos muertos”, digo en voz alta. “¿Siempre vas a estar tan loco?”, me interrumpe Consuelo, sonriendo con la complicidad de quien sabe una historia. “Me gustan los locos”, concluye. A los dos nos atrae la locura que descongela nuestros cuerpos. No me refiero a la perturbación mental que nos mantiene alejados de la realidad sino al deseo que nos une por costuras invisibles. Así transcurren fundidos los días y sus noches, igual que nosotros dos. Hasta que el tiempo se congela. Abro los ojos

y descubro su cuerpo acoplado a mi espalda. Así vemos pasar las horas, cada cual encerrado en su mundo y respetando el silencio del otro. Acabo de mencionar la frase: “Hasta que el tiempo se congela”, y por un momento rescato de la memoria la imagen de los alpinistas que murieron ascendiendo la cumbre más alta del mundo. Al cabo de muchos años, la primavera derritió el hielo, el viento barrió la nieve, y otros alpinistas descubrieron los cuerpos intactos. La muerte había detenido el paso del tiempo. Los viejos se mantuvieron jóvenes, mientras los jóvenes envejecían; hasta equilibrar la balanza de la edad. Al encontrar los cuerpos tendidos al sol, suplicaron en voz baja, como una oración, que despertaran. Los cadáveres se hallaban a pocos metros de la cima. No creo que conquistarla fuera una obsesión. Siempre queda algo pendiente un poco más lejos, algo que se resiste unos metros más allá, un enigma, un misterio, cualquier deseo insatisfecho. La curiosidad de asomarse al vacío, al otro lado de la montaña. Ahora contemplo su cuerpo desnudo, quieto, dormido. La piel delicada, casi transparente, que protege los órganos más íntimos e invisibles. Oigo los latidos del corazón, la sangre que fluye por venas y arterias y que, a veces, se desborda sin hacer ruido. Atrás queda la tempestad de los deseos, los sentimientos, los miedos; vuelve la calma. La vida que se oculta en el interior de cada uno de nosotros. Estás tú, yo, sombras chinescas. ¿Cómo pretendemos descubrir al otro si nos desconocemos a nosotros mis-

mos? La curiosidad que sostiene las relaciones, la sorpresa, la aventura de romper fronteras, la luz que alumbra las sombras. Oigo una respiración en el rellano de la escalera. Abro la puerta. Anubis está de pie frente a mí, le estrecho la mano, le invito a pasar. “¡Cabeza de perro!, ¿cuándo dejarás de aullar a la luna?” Dialogo con él sin nadie delante. Me desahogo. ¿Los fantasmas tienen sombra? Le cuento el viaje, la aventura. El presente es tan fugaz que es preciso disfrutarlo al instante sin pararse a pensar en él. Le hablo de Consuelo. Hay algo oscuro en los padres que llaman a su hija con este nombre. Digo que me estaba buscando a mí mismo cuando la encontré. “Ahora está conmigo, ya puedo morir tranquilo y resucitar a su lado.”

ARROZ AMARGO

Sara Mesa

12 de octubre de 2014

TARDE DE ADORMILAMIENTO. Sucede siempre en los días festivos. Una tenue tristeza se instala en el aire estancado; demasiado calor todavía; ni idea de cuándo llegará el otoño. Llamo a Goyo, charlamos un poco —perezosa, desganadamente—, decidimos finalmente ir al cine. Ya en la cola nuestro sin disimulo mi desconfianza. Mi prevención. Conozco bien los escenarios donde se rodó la película que ahora vamos a ver. Demasiado bien, incluso. Pienso en ellos y todavía siento incompreensión y rabia. La cola es larga y mientras esperamos parloteo con Goyo, que me escucha con aire distraído. Le hablo de mi adolescencia, de mi sensación de encierro. Los arrozales como único horizonte. Los perros recorriendo los caminos de tierra. Los picabueyes. Los atardeceres henchidos de una belleza líquida y sorprendente. He oído que a raíz del estreno de esta película el Bajo Guadalquivir se ha puesto de moda. Los turistas van a las Casitas de los Ingleses y a la Dehesa de Abajo. Comen arroz con pato en el poblado de Colinas, hacen fotos en La Mínima y cargan con guías ornitológicas en sus mochilas Coronel Tapioca. A ellos no les molestan los mosqui-

tos: después de todo no es ésa su vida. Llamen *arquitectura industrial* a lo que conocíamos desde siempre como *molinos* o *almacenes*. Compran a precio de oro las tagarninas que por entonces cogíamos a montones en los pinares de Los Pobres —guisos humildes de lunes tras el campo—. Se paran en el poblado de Alfonso XIII y lo que en otro tiempo era desolado se califica ahora de *pintoresco*.

Sí, me estoy burlando.

—Bah, estuve allí demasiado tiempo, sé de lo que hablo —digo.

Goyo me mira, encoge los hombros.

—Quizá por eso no eres la más adecuada para entenderlo.

23 de agosto de 1991

POR EL PUENTECILLO que cruza el canal hacia la barriada de Maquique me encuentro con el hombre. Lo veo de lejos, avanzando con la cabeza gacha y el perro al lado —un pastor alemán mestizo, viejo, de pelaje áspero y andares renqueantes—. Siento curiosidad. Una atracción insana. Apenas un atisbo de miedo diluido en la intriga. Sé que ese hombre carga con la repulsa de todo un pueblo sobre sus hombros anchos y vencidos. Conozco la razón.

—Si lo ves, cámbiate de acera de inmediato —dicen siempre mis tías.

Pero yo, experta en pequeñas desobediencias invisibles, me mantengo en la misma. Al cruzarnos, la distancia que nos separa es mínima. Lo miro. De reojo, pero lo miro. Él podría darse cuenta, aunque si se da, desde luego lo está disimulando. Mantiene la vista clavada en el suelo, imperturbable. Ni siquiera el perro parece advertir mi presencia. Los dos siguen adelante sin alterar su ritmo. Una vez que me sobrepasan me muero de ganas de volver la cabeza para observarlos con más detenimiento, pero mi cuello está paralizado. La rigidez incluso duele.

Tengo quince años, no hay muchos más entretenimientos en este sitio.

Ni siquiera es mi sitio.

Llego hasta la cabina de teléfono. El bochorno dentro es insoportable, así que dejo la puerta entreabierta con la ayuda de un pie. Llamo a mi novio. El novio de la ciudad. El novio prohibido de la ciudad prohibida en los veranos prohibidos. Cada tarde aprovecho que mis tías duermen la siesta para salir y llamarlo. A esa hora no hay nadie en la calle. Nadie salvo ese hombre: el Monstruo en persona.

—Acabo de cruzármelo —le digo.

No tengo muchas más novedades que contar. Sé que para darme valor tengo que hacerme la interesante. Inflar las cosas. Ampliar un poco mi pequeño mundo, no mucho mayor que el espacio asfixiante de esta cabina.

—¿Cómo es? —me pregunta.

Se lo describo. Le explico luego que el niño tenía cinco años. Que el Monstruo lo violó y después lo echó al canal. No estoy segura de que todo sea exactamente como lo cuento, pero al mismo tiempo sé que no lo estoy inventando: he escuchado demasiados rumores, palabras a media voz, murmullos cargados de desdén y de asco. Todo lo que digo es cierto, o eso creo. Lo del canal seguro: el cuerpo estaba al fondo, ¿no es así? Lo de la violación... Bueno, mis tías nunca hablan de esas cosas de manera directa. Las palabras también están prohibidas. Dijeron: *pervertido*. Dijeron: *sodomita*. Dijeron: *monstruo*. Nada de violación. Violación es un acto, y ellas siempre tapan los ojos ante los actos. Los suyos y los míos y también los de mi hermano pequeño.

Es su manera de protegernos.

—¿Cómo salió tan pronto de la cárcel? —me pregunta mi novio.

Suena enfadado. Cinco años, repite, cinco años, poco más que un bebé. Yo también finjo indignación. Le cuento que la familia tuvo que marcharse. No podían soportar su presencia en el pueblo. Y él tampoco hace nada por ocultarse. Se pasea con su perro sin mayores problemas. Desafiante. Mirando a todo el mundo. Mirando directamente, fulminándote con los ojos. Como a mí hace un momento. A mí me ha mirado, le digo. Me ha dejado temblando.

—Pues deberías alejarte lo más posible —me dice él—. Nunca se sabe por dónde puede salir un tipo así.

Le prometo que lo haré. Me gusta que se muestre preocupado por mí. Me gusta sentirme en el punto de mira, al borde del peligro, aunque sea de un peligro inventado. Pero el juego se acaba, y quiero irme. Estoy sudando; no tengo mucho más que contarle. Necesito verlo, besarlo, no hablar con él por teléfono. Es todo demasiado frustrante. Le digo que se me están acabando las monedas. Esto tampoco es cierto.

13 de octubre de 2014

TODAVÍA EN MI CABEZA dan vueltas y más vueltas ciertas imágenes. Sobre todo las de la feria. La humilde pero turbadora feria de Isla Mayor, en aquel tiempo llamada Villafranco del Guadalquivir, o también El Puntal, nombre popular para sortear el real, mucho más incómodo, resonancia de días de represión y de miedo. Las bombillas deslucidas, los puestos de algodón y de manzanas, las atracciones que ya entonces estaban anticuadas, las noches que también, cómo no, me eran prohibidas. Me dejaban salir, pero debía volver pronto, ridículamente pronto: eran los años terribles de la droga; mis tías temían por mí. Hundida en el asiento del cine —con Goyo al lado, la sala llena, el olor embriagante de las palomitas—, me sumergí de nuevo en aquel aire, en los resquicios de la libertad, la oscuridad acechante, las miradas lascivas de los chicos —pues yo era, después de todo, una atractiva foraste-

ra—, miradas que yo sostenía y devolvía con firmeza —pues buscaba el riesgo, ansiaba el riesgo—. Me habían impactado también las escenas rodadas en los canales, la barcaza, el sonido del agua acumulándose en las márgenes mientras los inspectores avanzan en la resolución del caso. Cultivos de arroz, kilómetros y kilómetros de arroz amargo. El aire espeso de polvo y de mosquitos. El aislamiento y el encierro marcando un horizonte en apariencia extenso. Cosas que yo ponía donde la pantalla, hábilmente, iba dejando sus huecos, sus insinuaciones.

—¡Al final te ha gustado! —rió Goyo al salir.

Oh, sí, el poder evocador del cine, dije con ironía, pero estaba turbada, mi cabeza en ebullición, las secuencias mezclándose, y de pronto la historia de aquel crimen, que yo no recordaba del todo y que ahora resurgía del pasado, enlazándose con el crimen de la película, con la diferencia de que el misterio y la intriga cinematográficas habían sido, en el crimen de mis recuerdos, sustituidos por el oprobio, los tabúes y el miedo.

¿Cómo podía haberlo olvidado?

25 de mayo de 1987

MI MADRE ESTÁ enferma. Lleva meses enferma, pero ahora todos dicen, en voz baja, que ha empeorado. Ya no me dejan ni siquiera ir a verla. Tengo que quedar-

me con mi hermanito y mentirle. Mamá volverá pronto, le digo, y me siento mal cuando él sonrío tranquilizado, tan inocente. Ahora nos cuidan las tías. Hermanas de mi padre, claro está, tan diferentes a mi madre, tan críticas con mi madre. Se echan las manos a la cabeza continuamente. Por cómo está la casa. Por la ropa que tenemos. Por los alimentos del frigorífico. Vivir así, murmuran: *como animales*. Desde que llegaron no han parado de limpiar, cada esquina. Cubos, fregonas, bayetas, detergentes: ése es ahora el paisaje. Desinfección, dicen. Asepsia, dicen. Hasta mi cuarto huele a lejía. Arrancaron las cortinas y las cambiaron por unas nuevas, mucho más opacas, para que nadie me pueda ver desde fuera. Ya no soy una niña, dicen, no hay necesidad de que te vean desnuda. Han tirado también a la basura las revistas que acumulábamos en una caja. Yo solía verlas con mi madre: las actrices, sus novios, sus peleas, sus esplendorosas mansiones, sus coches con carrocerías impecables. Mis tías arrugan la nariz, sentencian con asco: *porquerías*. No aptas para una niña, añaden.

Yo ya tengo once años. No me aclaro. ¿Soy o no soy una niña? ¿Nadie me puede ver desnuda pero no tengo edad de leer las revistas?

Mientras dura el colegio estamos aquí, pero cuando llegue el verano, si mi madre sigue en el hospital, nos tendremos que ir a El Puntal, como solemos hacer ahora los fines de semana. Mis tías tienen allí una casa enorme, de una sola planta, con una azotea sin mace-

tas donde nos dejan jugar a la pelota. Jugad aquí, nos dicen, porque a la calle no nos permiten salir solos. Yo les digo que a mi madre no le importa, que estamos acostumbrados a jugar en la plazoleta y no nos pasa nada. Pero no las convenzo. Hay mucha chusma suelta, dicen. *Chusma*. Yo no sé lo que es chusma.

No me gusta ese pueblo. Oyéndolas a ellas sólo parece que pasen cosas malas. Hablan en susurros, pero las escucho perfectamente. A veces me da la sensación de que lo hacen así sólo para que yo preste más atención. Hablan de drogas. Entran por los canales. Los hijos de no sé quién están pringados. El hijo de aquel otro también. La hija, ya mocita, se está metiendo en los peores líos: la ven con unos y con otros, también con los padres de sus amigas, vestida como una cualquiera. Cobra dinero, dicen. No hay vergüenza. Hablan y hablan mientras cosen redes. Los pescadores de la zona se las dan para que las remienden, y la tarea les lleva horas y horas. A veces los pescadores nos traen un cubo con cangrejos vivos. Ni a mi hermano ni a mí nos gustan, nos da asco el olor del agua cuando mis tías los hierven, pero hemos aprendido a comérnoslos sin rechistar.

Qué responsabilidad, dicen mirándonos. La vecina de al lado, una valenciana, nos contempla también con compasión. Bueno, de un modo u otro siempre fueron huérfanos, dice. Hablan de lo difícil que es sacar a los niños adelante. Luchas por ellos y luego viene cualquier animal y te los mata. Ahora justo se

cumplen diez años de *aquello*. *Aquello*, repiten, fue sin duda lo peor que ha pasado en todos los años de historia de El Puntal. Aguzo el oído. ¿De qué están hablando? Pobre gente, coinciden las tres. ¿No tuvieron más hijos?, preguntan mis tías. Bueno, tenían otros cinco. Él era el cuarto de seis. La madre se volvió medio loca y el padre tampoco anda muy bien, siempre con la mirada ausente, errando sin rumbo de bar en bar. Le dan trabajo solamente por lástima. Dicen que cualquier día el maricón sale de la cárcel, añade la vecina. Por buena conducta, o cualquiera de esas cosas que inventan los políticos para que la gente no pague por lo que tiene que pagar. Mis tías abren los ojos indignadas; creo que lo que más les molesta es la palabra *maricón*. En ese caso, continúa la vecina, la familia tendrá que irse de El Puntal. ¿Cómo van a vivir en el mismo sitio? Tendrán que mudarse, sin duda, a La Puebla o a Coria como mínimo. Mis tías se santiguan, la vecina hace el amago de imitarlas, levanta el brazo, pero no finaliza el gesto. Cuando se marcha mis tías la critican. La llaman *descreída* y también *malhablada*. Después vuelven a los susurros: si el monstruo sale de la cárcel habrá que andarse con mucho ojito. La calle es un peligro, dicen suspirando. Siguen cosiendo redes y yo me aburro. Ojalá mi madre se cure pronto. Ojalá salga del hospital cuanto antes. No quiero irme a El Puntal en el verano. Echo de menos mi vida de antes. No quiero estar en un sitio donde te cogen, te muelen a palos y después te

echan a un canal; un sitio donde mis tías cosen redes y no me dejan moverme de su lado. Quiero volver a mi vida de siempre, a mis revistas de palacios y de ramos de rosas.

Todo era más fácil cuando vivíamos como animales.

14 de octubre de 2014

BUSCO EN INTERNET algo sobre ese crimen. Sólo encuentro una breve referencia en la hemeroteca virtual de un periódico que hace tiempo que no existe. La fecha del recorte —pues no es más que un recorte digitalizado— es de 1977. El periódico dice del detenido: *“eran conocidas sus inclinaciones homosexuales”*. 1977, claro, qué diferentes eran entonces algunas cosas. Leo que el hombre abordó al niño a la salida del cine que él mismo regentaba —aunque yo nunca conocí allí cine alguno—, que el niño tenía once años —y no cinco, como yo había creído todo el tiempo—, que el niño se negó a acceder a sus peticiones —¿qué tipo de peticiones?—, que el hombre lo golpeó hasta la muerte con una estaca —más adelante dice: *“la penca desgajada de una palmera”*—, que finalmente lo arrojó a una acequia —no a un canal—, donde el cuerpo sería descubierto horas más tarde. No dice nada de que el niño fuese violado, como por entonces murmurábamos todos. No dice tampoco cómo consiguieron dar tan pronto con el cadáver.

¿Confesó el asesino de inmediato? ¿Hubo testigos? El periódico ofrece el nombre completo del niño, el de sus padres y el del asesino. Dice las profesiones de los padres —él jornalero en paro, ella ama de casa— y el número de hijos que tenían —cinco, sin contar al que acababan de perder—. Da demasiados datos y, a la vez, da demasiados pocos. El asesino, dice el periódico, tenía por costumbre acosar a los niños: ya lo había intentado antes. Recuerdo las advertencias de mis tías: quien lo ha hecho una vez, puede volver a hacerlo. O aún más: quien lo ha hecho una vez, con toda seguridad volverá a hacerlo. El detenido tenía 27 años. Hago mis cálculos: cuando salió de la cárcel y yo empecé a verlo —en aquellos veranos de emociones prohibidas— tenía poco más de cuarenta.

Aparte del recorte, no encuentro nada más. Si tecleo “crimen + Villafranco del Guadalquivir” o “crimen + Isla Mayor” o incluso “crimen + El Puntal” lo único que sale son entrevistas y noticias sobre la película. Las leo por encima. Algunas declaraciones del director me impresionan, y las voy anotando. Un periodista pregunta por qué escogió como escenario “*ese lugar fascinante, casi inédito en el cine*”. Él responde: “*En esas marismas siempre tienes la sensación de que planea algo raro*”. En una crítica se relaciona la atmósfera de asfixia con el paisaje cinematográfico de los cayos de Florida o los manglares de Nueva Orleans. Lo terrible en este caso, se afirma, “*es que es nuestro entorno cotidiano, mucho más inhóspito de lo que solemos imaginar*”. En otro

lado, leo: “*Es el imperio del arrozal, esa tierra plana como la palma de una mano en la que, desde lejos, parece que los barcos se impulsaran con ruedas*”. Alguien dice que las fotografías aéreas que Héctor Garrido hizo de la marisma tienen una textura similar “*a la de un cerebro abierto en canal*”.

Pero hay algo que llama aún más mi atención. Algo referido al crimen de la película, no al crimen real, no a *mi* crimen. En la pantalla, en la *ficción*, las víctimas son unas adolescentes. Unas chicas de la edad que yo tenía cuando me cruzaba con el Monstruo por el puentecillo de camino a Maquique. Y el director explica: “*Las mujeres son muy importantes en esta película. Adolescentes que quieren huir de donde vienen, encontrar trabajo en otro sitio, volar a otro mundo...*”.

Siento que habla de mí.

12 de agosto de 1989

LA VIDA ES DURA ahora que nos hemos hecho a la idea de ser huérfanos. Mi hermano y yo, él tan pequeño y yo tan sola. Éste es el tercer verano que pasamos en El Puntal; cuento los días que nos quedan para volver al colegio. Mis amigas llegarán bronceadas: las más afortunadas, de la playa; la mayoría, de la piscina municipal. Yo, ni de una cosa ni de otra: ponerme un bañador, qué cosa extraña. Aquí todo parece una amenaza. Salir a pasear: una amenaza. Jugar en

la calle: una amenaza. Los niños de Maquique: una amenaza. La bicicleta: una amenaza. El secarral: una amenaza. Y lo peor de todo, la feria: la peor amenaza. No es sólo por la droga. No por la mala educación, la chusma, las motos a cualquier hora, la suciedad de los demás —pero no la nuestra, no la nuestra, dicen mis tías—. Es también porque en cualquier momento puede salir el Monstruo de la cárcel. Y cuando vuelva aquí, será terrible. Se acercará a los niños en la feria, aprovechando la oscuridad de la vuelta a casa, su paso por el solar, con las manos pegajosas del algodón de azúcar y las madres olvidadizas, distraídas por la manzanilla y los bailoteos. Tampoco ellas tienen cuidado, dicen mis tías. Luego me dicen que los intentará matar a todos, no de una vez, claro, sino poquito a poco, uno a uno, por eso nunca se puede descuidar la vigilancia. Niños o niñas, da igual, el Monstruo no hace distinciones, ya se sabe que al que le va una cosa le va también la otra.

Mis tías cosen redes y especulan. Cosen redes sin parar, como caricaturas envejecidas de Penélope —léí el mito de Ulises hace poco; leo mucho para que el tiempo se me pase más rápido—.

El Monstruo no ha venido, pero es como si ya estuviera entre nosotros.

Yo les pregunto: si hay tanto peligro, ¿por qué pasamos aquí todos los veranos? ¿Por qué no nos quedamos en Sevilla? Ellas abren mucho los ojos: qué desafortunada eres, me dicen. Estamos allí todo el año por

vosotros, para cuidaros a vosotros, y ni siquiera te parece bien que nos vengamos a *nuestro sitio* unos poquitos días al año. Porque me guste o no, dicen, ése es su sitio, recalcan, y también es el mío, aunque no quiera yo reconocerlo, y peligro hay en todos lados, de hecho en la ciudad hay aún más peligros que aquí, pues la ciudad es más grande, todo se multiplica, si aquí hay un Monstruo suelto allí hay diez o cien o incluso más, y lo que yo tengo que hacer es ser un poco más comprensiva, y más generosa, y menos imprudente, y menos protestona, porque después de todo ya no soy una niña, estoy dejando de ser una niña, y siempre será mejor que me convierta en una mujer sensata y de provecho que en alguien como mi madre, que mira cómo acabó, nos sabe mal decirlo, pero mira cómo acabó, sola por querer siempre tanta libertad.

Y la palabra *libertad* en sus bocas suena mal, suena como un insulto, como una piedra que se le arroja a alguien por la espalda.

15 de octubre de 2014

TAMBIÉN EN LAS entrevistas dice el director: “*no sé cómo se tomará el pueblo la película*”. Confía en que la gente contextualice debidamente la historia. Al fin y al cabo, explica, se refleja otra época: la recién estrenada democracia, todavía tan débil, tan inestable. Todo ha cambiado tanto, dice. La mentalidad de en-

tonces ya no es la de ahora. La opresión política, la cerrazón social, el miedo a hablar y el miedo a ser entendido, la necesidad de libertad y de avance... Se han dado muchos pasos en esto. Pero, ¿cómo ha encajado el pueblo la película? Yo no lo sé, no puedo saberlo. Hace tiempo que no trato con la gente de allí. Hace años —y años y más años— que no voy por allí. Una de mis tías ya murió, la otra pasa sus días, con la cabeza errante, en una residencia de las afueras. No les guardo rencor —con el tiempo las cosas se ven de otra manera, sé que lo hicieron de la mejor manera que pudieron—, pero nunca hablaría con ellas. Llamo a mi hermano. Le pregunto si ha visto la película. Al otro lado del teléfono lo oigo chasquear los labios, como con suspicacia.

—Todavía no —me dice—. Me da pereza.

Le digo que debería ir. Yo también dudaba al principio, me enfadaba el supuesto embellecimiento de la zona, la maldita moda del arroz con pato. Pero estaba equivocada. La ambientación de la película es muy buena. La atmósfera del lugar está perfectamente captada: la turbiedad, la opresión, el estancamiento, los murmullos que cruzan la marisma de punta a punta. Es impresionante.

—Pues justo es eso es lo que me da pereza —me interrumpe—. Tener que volver a revivir aquello. Descorrer la cortina. Si lo prefieres, llámalo acomodamiento. O llámalo miedo. Yo no soy de mirar hacia atrás. Y esa película puede hacerme daño.

Me quedo pensativa tras colgar. Sé que tiene razón. Es cierto que desde que vi la película me sobrevienen continuamente fragmentos del pasado, en cualquier momento, como mazazos. Anoche tuve un sueño en el que salían la feria y los canales; yo estaba obligada a coser redes y más redes; la casa de mis tías era una mansión sin escaleras. Me he pasado los últimos días tratando de recordar todo lo posible, al borde de mis límites: Isla Mayor y lo que rodeaba a Isla Mayor, mis veranos y lo que rodeaba a mis veranos, el Monstruo y lo que rodeaba al Monstruo.

Hasta llegar a aquel día en los caminos. Aquel arroz amargo. Aquella tarde.

Porque, a diferencia de mi querido hermano, yo sí soy de mirar hacia atrás. Está en mi naturaleza.

28 de agosto de 1991

MIS TÍAS SE HAN IDO a un funeral, no volverán hoy hasta la noche. Tras mi visita de rigor a la cabina de teléfono, no tengo ningún sitio donde ir, pero me niego a quedarme en casa, esos muros me oprimen demasiado, me están matando. Hace mucho calor, pero cojo la vieja bicicleta y decido dar una vuelta. Es una bicicleta roja de paseo, con una preciosa cesta de mimbre pintada de rosa, una bici de ciudad que me compró mi madre un año antes de morir y que ahora coge óxido en el patio, completamente inadecuada para el terreno

abrupto y polvoriento. Pero soy cabezota y continúo, a pesar del sol implacable, a pesar de los neumáticos desinflados, a pesar del vacío y de la incertidumbre. Tomo primero en dirección al secarral y después me desvío hacia los arrozales, los estrechos caminos de tierra pisada, esa cuadrícula irritante, sin salidas.

Es entonces cuando lo veo de lejos.

Primero al perro, o a la intuición del perro, ese trazo negro y afilado que se recorta en la distancia, la cabeza agachada y las patas rápidas, torcidas. Veo al perro y sé que el Monstruo va detrás, debe ir detrás, lo sé antes de distinguirlo, antes de fruncir mis ojos y enfocarlo, el hombre alto, solitario y pesado; el hombre de la camisa marrón y los zapatos de invierno; el hombre de la mirada ausente que yo, en el fondo, quiero, deseo y temo que pose sobre mí.

Podría dar la vuelta o girar a la izquierda, no sería tan extraño después de todo, no tan inusual para él seguramente, pero sigo pedaleando en la misma dirección, derecha hacia el horror, mi corazón palpitando, la boca seca, la voluntad más enloquecida que férrea, esa rebeldía sin sentido, sin dirección, pura potencia desbocada e inútil.

La silueta del Monstruo se agranda por segundos. El perro se detiene un instante, husmea el aire, me mira. El Monstruo también parece detenerse. Todo se paraliza: el curso del agua en el canal, el viento entre el arroz, las figuras lejanas, los latidos, el tiempo. Todo está congelado menos los mosquitos, ese zumbido cons-

tante que normalmente no oímos pero que ahora adquiere una relevancia nefasta, vibrando como un mal presagio. Los mosquitos y también los chirridos de las ruedas de mi bici, que siguen dando vueltas, acercándose al Monstruo, al que ahora ya, sin vacilación, distingo claramente en mitad del camino, mirándome con asombro y a la vez con templanza, mirándome como si me reconociera, como si los tres —el perro, yo y él mismo— fuésemos ahora ejemplares hermanos de la misma especie.

Solitarios y repudiados, todos.

Y yo, casi inconscientemente, por el temblor de las piernas, por el pánico, dejo de pedalear y me impulso ya sólo por la inercia, frenando casi cuando cruzo a su lado, cuando levanto la mirada y mi voz temblorosa musita un saludo, un hola que él debe percibir como lo que es: un desafío venido a menos, puro alarde de nada, la marca de una chica que apenas ha empezado a dejar algo para convertirse en otro algo.

Alza las cejas, no contesta, lo sobrepasa.

Pero después su voz se eleva a mis espaldas, estentórea, potente, temible como el movimiento de un cuchillo que rasgara la tarde.

—¡Eh, chica! —grita—. No deberías ir sola por aquí. ¿Me oyes? ¡No deberías!

Y yo, ahora sí, cojo fuerzas y acelero.

EL RIVAL MÁS PAREJO

Alberto Rodríguez

Cosas que ocurren. El otro día mi ordenador dejó de existir en el mundo real y en el virtual, de algún modo, supongo que también. Un señor se llevó sus restos para recuperar los archivos que pudiese. Y apareció este texto entre los archivos recuperados, no recordaba haberlo escrito. Era un texto perdido y luego encontrado. Muchos otros se han perdido, por cierto, sin remisión. El cuento lo escribí mucho antes que el guión para, de alguna manera, acercarnos al personaje de Manuel. Algo del cuento está en la película y hace un par de días se lo mandé a Tristán. Un poco tarde. Pero lo que está en el cuento él también lo encontró durante el rodaje.

“El día veintidós es sábado, es el cumpleaños de Rafa”, le sonó como si su mujer hablase de un extraño. Su hijo Rafa iba a cumplir cinco años. También le sonó su nombre como el nombre del hijo de otras personas. “Iré a comprarle un regalo”, dijo él de todas formas. “El sábado no podré llegar hasta las ocho y cuarto, tendrás que llevarlo tú.” “¿A qué?” “Te lo he dicho antes, Rafa quería celebrarlo en MacDonald’s. He reservado doce menús infantiles, ha invitado a varios compañeros de clase. Habrá un payaso.” “Sí, el sábado puedo llevarlo yo.” “Vosotros llegáis a las siete y yo

llegaré sobre las ocho y media”, le pareció bien, un plan trazado por dos desconocidos y que iban a llevar a cabo otras personas que no eran ellos. Imaginó de pronto a los otros niños, y a los padres de los otros niños. Una piñata y una docena de diminutas sonrisas blancas. “¿Qué has pensado comprarle?” “Quiere un barco pirata, lo he visto en una tienda cerca del trabajo, lo compraré yo.” Vio el barco surcando la moqueta del dormitorio de su hijo.

Aquel mismo día pasó por la puerta de la juguetería. Preguntó a la empleada por el barco pirata. Sí, era adecuado para niños de cinco años. Preguntó si tenían el barco habitualmente en existencias. La chica dijo que sí. Mañana volveré.

Tardó un par de semanas en regresar, un viernes, una semana antes del cumpleaños de su hijo. Prefería hacer las cosas por adelantado. Buscó a la dependienta con la que había hablado con anterioridad, no estaba. Deambuló por la tienda como si explorase un país desconocido, estuvo mirando juguetes cerca de una hora. Tomaba uno, lo miraba fijamente por todos lados y volvía a dejarlo en su sitio. De pronto, vio un juguete mecánico que le llamó la atención. Era un pequeño ring en el que dos boxeadores de hojalata se tiraban ganchos mecánicamente con una tremenda

efectividad sincronizada. Esquivaban, golpeaban. Esquivaban, golpeaban. Hasta el infinito. Un juego de piernas y brazos, movido mecánicamente, en perpetuo empate técnico. Giró la cuerda y comenzó de nuevo el combate. “Es bonito, ¿verdad?”, le dijo un dependiente. “Es una nueva serie de juguetes clásicos que se está vendiendo muy bien.” Preguntó por el barco pirata. “Sí claro, venga por aquí.” Y se marchó tras el vendedor. De lejos los púgiles metálicos seguían su combate.

El sábado, no durmió. Llegó a casa al mediodía y se duchó. Comió algo, estaba hambriento. Su hijo y su mujer llegaron al mediodía. Habían comido con la hermana de su mujer y sus hijos de la edad del pequeño Adrián. Su mujer tenía que marcharse. Su hijo daba vueltas al salón perseguido por un amigo imaginario, entre risas. Su mujer le dio un beso y le pidió que no olvidase el regalo. Él asintió: “ya lo he metido en el maletero”. “Llegaré sobre las ocho y media”, le recordó ella.

El payaso de MacDonald’s había hipnotizado a los niños, que seguían sus marionetas en un improvisado teatro de títeres. Había una princesa, un caballero, un lobo y una bruja, también un caballo que como no hablaba no alcanzaba la categoría de personaje. Sólo decía sí o no entre relinchos. El cuento estaba terminando como terminan todos los cuentos. El caballero

acabó con la bruja y el lobo, los niños aplaudieron, los padres aplaudieron a los niños. Él se sintió mal, vio a su hijo sonriendo y bromeando con los otros niños. Fue al baño. Se sentó en la taza y esperó. Esperó a que viniera alguien a rescatarle. A lo lejos, terminó el cuento. “Fueron felices y comieron perdices.” Aplausos de manos pequeñas y grandes sonaron de nuevo, y luego los gritos de los niños libres al fin de la fábula que los tenía encantados. Se lavó la cara y salió del baño. Se sentó en una banca amarilla. Su hijo vino corriendo, le pidió que lo cogiera en brazos y lo besó. “Soy tan feliz, papá, que quiero a todo el mundo.” Luego dio un salto y se marchó a luchar con su barco pirata por cualquier mar lejano y peligroso. Miró a los otros padres y pensó de nuevo que no era él la persona que había allí sentada.

LET ALL THE CHILDREN BOOGIE

Daniel Ruiz García

Primero se marchó ella, la niña que dormía sobre los libros, y entonces el hombre que subía y bajaba escaleras la estuvo esperando uno, dos, tres días, y al cuarto bajó las escaleras y ya no volvió a subirlas, y allí dentro quedaron sólo los ladridos de los perros.

Mamita dormía todo el tiempo, se levantaba únicamente para rastrear entre las colillas y encender alguna boquilla y después iba adonde las pastillas y cogía el bote y tragaba, tragaba y tragaba, incluso masticaba las pastillas, y antes de volverse a la cama, sucia, maloliente, desgredada, me decía Fidel por favor, tira la basura. Mamita dormía casi siempre, y cuando no dormía era aún peor, porque entonces venían las crisis.

El segundo día bajé las escaleras y pegué la oreja a la puerta pero no se escuchaba nada, y yo pensé que se habrían dormido, el perro grande y el cojito, pero después, por la noche, los escuchaba, a los perros ladrando, y así, gimiendo, como lloran los niños chicos.

Así que el tercer día ya no pude más e hice como hacía la niña, como ella me contó que había entrado una vez en el piso de enfrente. Cogí la escalera de hierro del bloque y desde la ventana que da al pasillo la atravesé en el patio de vecinos como si fuera un

puente, un extremo en la ventana del pasillo, el otro en la ventana abierta de la casa.

Me la jugué y mientras atravesaba a gatas la escalera sobre todo pensaba en Mamita, en lo que pensaría ella si por casualidad me cayera desde el tercero y me convirtiera en un puré con tropezones sobre el suelo del patio bajo.

Pensé en Mamita, y me la vi llorando, en mi funeral, y por un momento pensé que a lo mejor eso valía, quién sabe, para que dejara de una vez las pastillas, pero al instante me sentí sucio, me sentí mala persona, así que evité pensar y me concentré en atravesar el puente.

Cuando entré en la casa por la ventana olía a sucio, pero no me importó porque cojito me recibió con un movimiento de rabo totalmente loco, desatado. Me chupeteó y rechupeteó, incluso ladró, también me miraba como si con los ojos me estuviera abrazando. Me sentí bien, allí estaba el pobre cojito, pero ni rastro del otro perro, del perro grande que siempre iba con el hombre que subía y bajaba las escaleras. En la casa olía mal, y la mesa se había quedado puesta, con su mantel bonito y sus dos servicios y sus servilletas y sus copas, todo preparado para una comida que no había ocurrido nunca.

Lo primero que hice fue tumbarme en el colchón de ella, que estaba levantado sobre un somier de libros, y enseguida cojito se subió y se acurrucó a mi lado, y por un momento cerré los ojos e imaginé que

aquello era otro mundo, que no era como el mundo de arriba, que no era como el mundo de Mamita.

Pero cojito tenía hambre, así que miré en el frigorífico pero nada más que había yogures y cosas dulces. Los yogures estaban algo pasados de fecha, pero abrí un par y no olían mal, de modo que se los di, toma cojito, le dije, y cojito rebañó hasta la última gota de yogur de los vasos con la lengua.

Habían dejado unas llaves del piso en el cuenco de la entrada, así que las cogí y prometí volver al día siguiente con comida consistente para cojito. Le prometí que iríamos a dar un paseo, y lo mismo él era capaz de llevarme olisqueando hasta el hombre que subía y bajaba las escaleras, o mejor, hasta la niña que dormía sobre los libros.

Esa noche Mamita tuvo una de sus crisis, de repente me desperté y la vi sentada a los pies de mi cama, era como un fantasma. Le dije Mamita qué haces, estás bien, Mamita, pero no respondía, nada más que daba cabezadas adelante y atrás, como un musulmán rezando, como si sufriera un ataque de risa pero sin risa. Suspiraba, decía ay, ay, así que me dio mucho miedo pero fui fuerte y medio temblando me levanté y la agarré y le dije venga, vamos, te llevo a la cama.

Conseguí meterla en la cama y se quedó allí mirando al techo, pero ya más tranquila, y yo volví a mi cama pero ya no me dormí, porque pensaba en Mamita y en su risa sin risa y también en Charli y en cómo era todo antes, cuando Charli aún vivía.

Hubo un tiempo en que Mamita reía, reía tanto que hasta se le veían las muelas. Y olía bien, y lo mismo hasta era feliz, a pesar de que papá la gritaba, o la insultaba, o la pegaba. Entonces a veces lloraba, pero siempre había un momento en que volvía a estar contenta. Y Charli me restregaba el puño contra el pelo, así, fuerte, como si el puño fuera un estropajo, y me decía enano, te voy a reventar, y jugábamos haciendo ruido, sin ningún miedo ya de que papá se despertase. Cuando papá se dormía dejaban de existir los problemas, sabíamos que no se despertaría, el problema era antes de dormir, cuando llegaba oliendo a bodega y la cara colorada y le decía las cosas feas a Mamita tipo gorda, guarra, fea, me has arruinado la vida.

La última vez que vi reír a Mamita fue una semana antes de lo de Charli, cuando papá ya se había dormido y ella se disfrazó de bruja adivina, de echadora de cartas, y nos reímos mucho con el teatro que hizo, pero sobre todo nos reímos porque la vimos contenta.

Después vino lo de Charli, lo del atropello, el coma, la casa vacía y Mamita llegando por la mañana temprano del hospital, y ahí fue cuando Mamita empezó a cambiar, no exactamente cuando papá desapareció, sino a los dos o tres días, tras el entierro. Mamita tuvo una crisis, estaba yo solo, empezó a gritar, a arañarse la cara, temblaba como un flan, se desnudaba, parecía un demonio, un demonio fofó y blando. Cogió el cuchillo, se quería morir, eso decía, pero le llevé las pastillas, conseguí que tragara, y al final se

quedó allí, en la cama, con los ojos abiertos, así, brillantes, igualitos que el otro día.

Recuerdo mucho el primer ataque, más incluso que lo de Charli, más incluso que cuando papá se fue para no volver pegando un portazo. Yo prefiero recordar a Charli en los buenos momentos, cuando me refregaba el puño contra la cabeza, o cuando me defendía del Carmelo y el Mellao y de todos esos. Ahora que Charli no está me la tienen jurada, especialmente el Mellao, con su caramoco y sus churretes y su piel que parece como una tortilla mal hecha, toda llena de granos y cicatrices. Por eso tengo que tener cuidado cuando salgo y mirar bien al doblar las esquinas.

El día en que Mamita sufrió su primera crisis yo salí llorando de casa, corrí por las escaleras, y me encontré a la niña que dormía sobre los libros, sentada, en el descansillo. La puerta del hombre que subía y bajaba las escaleras estaba cerrada, pero ella permanecía allí, inclinada sobre los escalones, esperando. Olía bien, siempre olía bien, su olor era como el de un algodón de azúcar, como la garrapiñada que Mamita me compraba cuando íbamos a la Feria, en los buenos tiempos. Me senté junto a ella y la niña me vio triste y me dijo anda, olvida lo que sea, nada merece tu tristeza. Porque olía bien, porque la lana de su rebeca me rozaba los brazos y era suave como una cosquilla, y porque tenía unos ojos que eran como dos balcones abiertos, se me pasó pronto la tristeza, o más bien se me quedó allí, como un perro escondido en su caseti-

lla, al resguardo. Le pregunté qué hacía allí, a qué esperaba, y ella me contestó que al astronauta, espero al astronauta. ¿Él es un astronauta?, pregunté, y debió de verme la cara alucinada, porque se rió, mostrándome sus paletas blancas como la leche. Claro, ¿no te has fijado que anda siempre en las estrellas?

Primero pensé que no, que de astronauta nada, porque no tenía pinta de eso, más bien de Carpanta, del personaje de Carpanta que aparece en las páginas finales de los tebeos de Zipi y Zape. En realidad, pensaba entonces, los astronautas no eran así, todos vestían de blanco con cascos redondos como chupachups y transparentes como pompas de jabón. Aunque es verdad que el hombre que subía y bajaba las escaleras no parecía demasiado de este mundo, lo notabas sobre todo en su mirada, una mirada que nunca miraba del todo, o incluso que miraba más allá, o incluso que miraba hacia dentro, como si no encontrara algo a pesar de que ese algo estuviera delante de él. Ella era más simpática, a mí me encantaba verla cocinar, cantaba cuando cocinaba, o bien movía el cuerpo mientras en el tocadiscos sonaba alguno de los discos del hombre que subía y bajaba las escaleras. Él tenía muchos discos, cientos, miles de discos, y ella movía la cintura bailando alguno de aquellos discos. Pero lo más de lo más, realmente, fue cuando empezaron a dejarme sacar a los perros, al perro grande y a cojito.

La niña que dormía sobre los libros me dejaba entrar en su casa y esconderme cuando Mamita tenía

una crisis, aunque cada vez tenía menos crisis porque siempre andaba masticando sus pastillas. Me dejaba estar allí, con ellos, y una vez sin querer abrí la puerta del servicio y la vi a ella reclinada sobre el váter, los pantalones bajados y el pelo castaño de su entrepierna como un fuego. Me sentí avergonzado y salí corriendo y la niña me gritó tranquilo, no seas tonto, pero yo cerré la puerta y subí a casa y estuve tres días sin bajar.

Por la noche, mientras Mamita hablaba como en sueños, peleándose con algo o con alguien dentro de sus ojos cerrados, yo me acordaba de esa imagen, del pelo rizado y marrón, como las raíces de un tubérculo, y el fuego de su entrepierna se me traspasaba a mi entrepierna y de repente el pito se me ponía duro duro como por las mañanas cuando me levanto y tengo ganas de hacer pipí.

Con Charli todo era más fácil, eso lo descubrí un día que bajé la guardia y me encontré de cara con el Carmelo y con el Mellao, y el Mellao me empujó y me dijo comemierda, huelepollas, mamanabos, y me empujó y yo le dije déjame, no te he hecho nada, pero el Mellao se me acercó y me dio asco su cara de tortilla mal hecha, eso fue antes de sentir dolor, porque lo siguiente fue un puñetazo, y al momento estaba en el suelo. También me dio una patada, pero esa ya no la sentí, porque lo que tenía era rabia, dolor, ganas de estrujar, ganas de romper cristales. Ya no estaba Charli, pero la niña que dormía sobre los libros me dijo pobrecito, ven, te curo, y me echó crema en el pómu-

lo y me sopló, y ese soplido, ese aire, me supo como el viento de una mañana de verano, una brisa, la caricia de un pañuelo de seda.

Anoche no sé lo que pasó, porque desperté y la luz de la cocina estaba encendida, y escuchaba una risa, pero una risa fea, como de película de miedo. Y me levanté y al pasar por el cuarto de Mamita ella no estaba, y entonces me temí lo peor, y lo peor estaba en la cocina, y era Mamita desnuda, la carne fofa cayéndole en pliegues, el flotador de carne ocultándole el culo, y la piel toda grumosa, como unas natillas. Tenía el cuchillo en la mano, y al entrar me miró, y me sonrió de forma rara, y me dijo Fidel, Fidel, ven aquí, abrázame. Pero me daba asco su carne, sus tetas como dos grandes globos desinflados, pero sobre todo su mirada, así que le dije Mamita, por favor, deja el cuchillo. Esto ya se ha acabado, Fidel, esto termina, me dijo, y en su mirada intuí un precipicio, el hueco de un ascensor sin ascensor, y entonces lo que hice fue correr, corrí descalzo y en pijama, cogí de mi habitación las llaves del piso de abajo y salí de casa. Llegué rápido abajo, y entonces abrí la puerta y me quedé quieto, mientras cojito me olisqueaba y me saludaba moviendo el rabo.

Me tumbé en la cama de la niña que dormía sobre los libros y pedí a cojito que se callara, y durante unos minutos guardé silencio, intentando oír. Pero allí no se oía nada, ni gritos, ni risa, nada, y como tenía a cojito cerca y me daba calor enseguida me quedé dormido.

No quería volver, quería quedarme siempre allí, y el sol entraba por la ventana y fui al tocadiscos y miré los discos y había uno que me llamó la atención, porque el cantante era rubio y raro y estaba en la puerta de un bloque que se parecía a mi bloque y el disco era de un tal Ziggy Stardust o de un tal David Bowie, no quedaba claro pero el hombre rubio tenía algo extraño, no sé si era la postura, así que puse el disco y la música empezó a sonar, y la primera canción era rara y la segunda también, a la tercera no eché cuenta pero entonces vino la cuarta, que empezaba suave, con una guitarra, y con Ziggy o con Bowie susurrando, y el estribillo era muy bonito porque hablaba de Starman, y Starman es Hombre de las Estrellas, y entonces ocurrió algo raro, ocurrió como a veces ocurre, como muy pocas veces ocurre, sobre todo cuando estoy muy cansado, y es que todo parecía tener sentido, todo era tal como debía de ser, todo cuadraba. Porque en aquella canción bonita que decía *starman waiting in the sky* parecía que estaba metido el hombre que subía y bajaba las escaleras, el astronauta, porque la canción era como un viaje por el espacio.

Ahora sólo quiero escuchar esa canción una y otra vez. Una de las veces en que la canción ha terminado, antes de volver a poner la aguja al principio, he escuchado ruidos en el bloque, y me ha parecido oír gritos, sonidos de walkie, incluso la sirena de una ambulancia. Por un momento he pensado en Mamita, pero ha sido sólo un instante, porque al momento he vuel-

to con el astronauta, y con el hombre del pelo amarillo que se llama Bowie o Ziggy y que también es un astronauta, y también con la niña que duerme sobre libros. Todos juntos están allí, *waiting in the sky*, y cogito y yo estamos con ellos, porque en ese sitio todos somos niños, y nos dejan, y bailamos, y vamos a estar para siempre todos allí, bailando, flotando en el océano oscuro y tranquilo del espacio exterior, ausentes del daño, ajenos al dolor, inmunes a la sangre, mientras que el astronauta del pelo amarillo grita y grita *let all the children boogie*.

BREVE BIOGRAFÍA
DE LOS AUTORES

Santi Amodeo es director de cine. Ha dirigido las películas *El factor Pilgrim* (junto a Alberto Rodríguez), *Astronautas* (por la que fue candidato a mejor director novel en los premios Goya de 2004), *Cabeza de perro* y *¿Quién mató a Bambi?*

Pablo Aranda es filólogo hispanista, escritor, columnista y dinamizador cultural. Reside en Málaga. Hasta la fecha ha publicado las obras *Desprendimiento de rutina* (Premio Sur de Novela Corta 2003), *La otra ciudad* (Finalista del Premio Primavera 2003), *El orden improbable*, *Ucrania* (Premio Málaga de Novela 2006), *Fede quiere ser pirata* (Premio de Literatura Infantil Ciudad de Málaga 2011), *Los soldados*, *El colegio más raro del mundo* y *El protegido*.

Víctor del Árbol es escritor. Hasta el momento ha publicado las obras *El peso de los muertos* (Premio Tiflos de Novela 2006), *La tristeza del samurái*, *Respirar por la herida*, *Un millón de gotas* y *La víspera de casi todo* (Premio Nadal 2016). Fue además finalista del Premio Fernando Lara 2008 con *El abismo de los sueños*, novela que permanece inédita.

Juan Bonilla es escritor. Su obra es extensa y abarca el relato, la poesía, la novela y el ensayo. Además, ha dirigido la edición de numerosas obras traducidas, antologías y poemarios. Su novela *Los príncipes nubios* fue Premio Biblioteca Breve en 2003, además de Premio Literario de los Jóvenes Europeos en Francia (2009). En 2014 recibió el Premio Bienal de Novela Mario Vargas Llosa por la obra *Prohibido entrar sin pantalones*. Su novela *Nadie conoce a nadie* (1996) fue llevada al cine por Mateo Gil en 1999.

Ángel Castro es profesor de Historia y dirige el Centro Asociado de la UNED en Melilla, donde ejerce una incesante labor de dinamización cultural de la ciudad. En 2012 publicó la novela *El porvenir del olvido*.

Rafael Cobos es guionista. Ha escrito los guiones de las películas *Siete vírgenes* (con Alberto Rodríguez), *After*, *Grupo 7*, *Ali* (con Paco Baños), *El amor no es lo que era* (con Ada Hernández y Gabriel Ochoa), *La isla mínima* (con Alberto Rodríguez, que fue premiada con el Goya al mejor guión original en 2015), *Toro* (con Fernando Navarro) y *El hombre de las mil caras* (con Manuel Cerdán y Alberto Rodríguez).

José Antonio Garriga Vela es escritor y columnista. Su obra abarca el relato, la novela y el teatro. Su libro *Muntaner 38* recibió el Premio Jaén de Novela. Su novela *Pacífico* fue premiada con el Premio Dulce Cha-

cón 2009 a la mejor novela publicada en lengua española en 2008, y la obra *El cuarto de las estrellas* le valió el Premio de Novela Café Gijón 2013.

Sara Mesa es escritora. Su producción comprende relatos, poesía y novela. Sus novelas *Cuatro por cuatro* y *Cicatriz* fueron finalistas del Premio Herralde de Novela 2013 y 2015 respectivamente. Es autora, además, de los libros de relatos *La sobriedad del galápagos*, *No es fácil ser verde* y *Mala letra*, y de las novelas *El trepanador de cerebros* y *Un incendio invisible*.

Alberto Rodríguez es director de cine. En su haber profesional cuenta con las películas *El factor Pilgrim*, *El traje*, *Siete vírgenes* (dos nominaciones Goya en 2005), *After* (una nominación Goya en 2009), *Grupo 7* (dos nominaciones Goya en 2012) y *La isla mínima* (ganadora de diez premios Goya, entre ellos los de Mejor Película, Dirección y Guión Original).

Daniel Ruíz García es escritor y guionista cinematográfico, periodista y consultor de comunicación. Ha publicado las novelas *Chatarra*, *Perrera*, *La canción donde ella vive*, *La mano*, *Moro*, *Tan lejos de Krypton* y *Todo está bien*. Su obra ha sido reconocida con el Premio de Novela Universidad Politécnica de Madrid 1997 y el V Premio de Novela Corta Villa de Oria 2010, siendo además finalista del Premio Andalucía Joven de Narrativa 2008 y el VIII Premio de Novela Onuba.

Miguel Ángel Oeste es escritor, guionista y crítico de cine, además de articulista en el Diario Sur. Ha codirigido el documental *Vibraciones*, forma parte del Comité de Cine del Festival de Málaga-Cine Español y de la Semana de Cine de Melilla, y ha publicado las novelas *Bobby Logan* y *Far Leys*, además de diversos ensayos sobre cine.

Esta antología de relatos, confeccionada y publicada con motivo de la VIII Semana de Cine de Melilla, ha sido posible gracias a la ayuda de la Consejería de Cultura de la Ciudad Autónoma de Melilla.

En *Astronautas en la isla mínima* distintos escritores fabulan sobre las películas de Santi Amodeo y Alberto Rodríguez, también los propios directores y Rafael Cobos, guionista habitual de este último. Así, al margen del denominador común de partida, lo que encontramos en esta compilación de cuentos es una disparidad de propuestas. Un mosaico de autores con sus rarezas y sus simpatías. Con sus estilos y sus diversas voces. Las imágenes de estos cineastas se transforman para ser nuestras mediante una nueva evocación. Diez narraciones con mentalidad audiovisual y corazón literario perpetradas por Santi Amodeo, Pablo Aranda, Juan Bonilla, Víctor del Árbol, Ángel Castro Maestro, Rafael Cobos, José Antonio Garriga Vela, Sara Mesa, Alberto Rodríguez y Daniel Ruiz García.

En *Astronautas en la isla mínima* cada autor ha partido de sus propias obsesiones y recuerdos para tomar prestadas las imágenes de otros y fabular sobre el papel. Relatos de inadaptados, de perdedores, de personas que venden su pasado para comprar un poco de futuro, de incomunicación, de estigmas indelebles que intentan borrarse, de desasosiegos existenciales, de niños perdidos, de derrota y falsas victorias, de construcciones mentales que se apoderan de la realidad, de sensaciones artificiales... Temas que en manos de Amodeo-Aranda-Bonilla-DelÁrbol-Castro-Cobos-GarrigaVela-Mesa-Rodríguez-RuizGarcía arrastran al lector a sus mundos a partir de la ficción. Cine y literatura, hermanos siameses e islas mínimas y astronautas en poder de este grupo de autores que imaginan para mentir, para salvarse, para observar los comportamientos más recónditos de unas vidas siempre bajo el influjo y la inspiración de la estimulante imagen de dos cineastas intransferibles: Santi Amodeo y Alberto Rodríguez.



ISBN: 978-84-943655-9-1



BIC: FDQ